héroes del ESPACIO

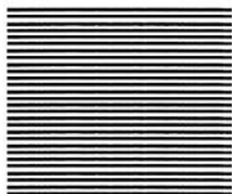
NOVELAS ECSA

ENVIADOS DEL COSMOS

LAW SPACE

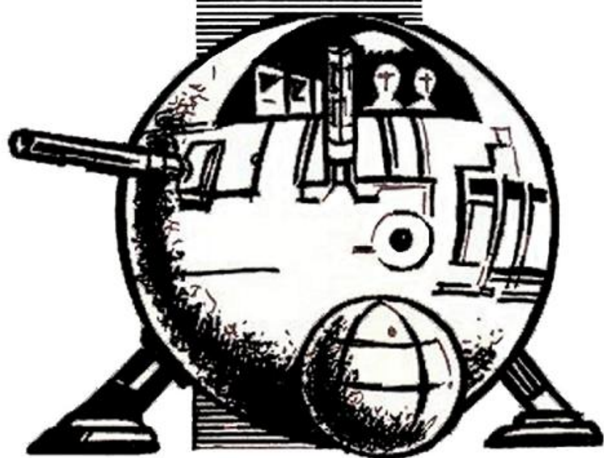


SOLO PARA ADULTOS



héroes del ESPACIO





ECSA

LAW SPACE

ENVIADOS DEL COSMOS

Colección
HEROES DEL ESPACIO Nº 126
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S.A.
AGRAMUNT, 8 – BARCELONA (6)

ISBN 84-85626-56 7
Depósito legal: B. 24.010 - 1982

Impreso en España - Printed in Spain

1ª. edición: septiembre 1982

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona – 6

Impreso en los Talleres Gráficos de **EBSA**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona

ULTIMOS TITULOS PUBLICADOS EN ESTA COLECCION

120 — El universo misterioso. ***Rocco Sarto.***

121 — La cuarta pirámide. ***Law Space.***

122 — Conflicto en Lhupara. ***A. Thorkent.***

123 — ...Y ella le avisó. ***Lem Ryan.***

124 — Socios galácticos. ***Ralph Barby.***

125 — Embajada de lo imposible. ***Curtís Garland.***

CAPÍTULO PRIMERO

Estaban reunidos en el amplio salón de la casa de Fabre y llevaban hablando tres horas, discutiendo a veces, con esa fiebre que había provocado el proyecto de su anfitrión.

—Todo eso es muy contradictorio —dijo Daubal.

—Si no lo fuese —replicó vivamente Brun, el biólogo—, no estaríamos aquí. Siempre como todos vosotros, pensé en este asunto como algo destinado a la propaganda. Ya sabéis que el sensacionalismo de la prensa es como un *Moloch* que jamás satisface su apetito.

—¿Y las fotos? —inquirió Fabre, señalando el montón que había sobre la mesa.

—Lo que un reportero gráfico puede hacer con una buena máquina y un buen laboratorio —repuso Daubal— puede considerarse como infinito.

—¿Crees que son trucos?

—Yo no creo nada. Pero ya habéis visto que los libros consultados no hablan, en absoluto, de esos «abominables hombres de las nieves» que tan de moda se han puesto en estos últimos tiempos.

Ivette Galpin, la única mujer de la reunión, se había mantenido hasta entonces en silencio, limitándose a sonreír cuando hablaron de la prensa.

Porque ella era periodista.

Pero cuando Daubal acabó de hablar creyó que había llegado el momento de «poner las cartas sobre la mesa».

—Todo lo que habéis dicho me parece correcto... desde el punto de vista de unos hombres de ciencia, que no creen en la prensa. Sí, ya sé —agregó atajando un ademán de Raymond Daubal— que hay muchas cosas turbias en mi profesión —señaló la mesa—, pero esas últimas fotografías, realizadas por un hombre al que conocía muy bien, tienen que ser verdaderamente auténticas.

—Yo... —quiso decir Brun.

Pero ella le cortó con un ademán rápido.

—Henri Domont —siguió diciendo— era uno de los mejores periodistas del mundo. Yo le he visto trabajar y podéis estar completamente seguros de que jamás quiso que el laboratorio

fotográfico le hiciese nada. No tenía miedo, ni sabía seguramente lo que era eso…

»Poco antes de salir para el Himalaya, habló conmigo y me dijo que estaba dispuesto a llegar donde fuese con tal de demostrar que lo que se había escrito sobre los “yetis” era mentira. Como veis, él tampoco creía en la existencia del hombre de las nieves. Por eso, dispuesto a demostrarlo, partió hacia el Tíbet.

»Lo demás ya lo sabéis todos, puesto que se ha publicado en la totalidad de la prensa mundial, Henri desapareció o nunca más se ha vuelto a saber de él. El “sherpa” que le acompañaba no encontró ni su cadáver, hallando, por verdadera casualidad esas fotos que ahora tenemos ahí, encima de la mesa.

»Ya sé que vais a decir que es muy poca cosa, ya que no muestran más que huellas de pies enormes sobre la nieve y un árbol, arrancado de cuajo, por unas manos gigantes. Pero yo vuelvo a repetiros que no podéis dudar de la autenticidad de esos documentos gráficos, viniendo de donde vienen: de un periodista que jamás trucó ninguna foto.

»Por otra parte, su muerte demuestra que no deseaba la aureola de una fama que le era reconocida en todo el mundo. Fue al Himalaya para aclarar algo importante y perdió su vida, entregándola generosamente en aras de lo que en nuestro oficio es lo más sagrado: la información.

Hizo una pausa; después prosiguió:

—Cuando vine a ver a Fabre deseaba, es verdad, mostrarle estas fotos que el «sherpa» me envió directamente, siguiendo la voluntad de Henri… —su voz se había apagado un poco—. Es posible —prosiguió— que creáis que obra en mí el deseo de vengar la muerte del hombre que iba a ser mi marido, pero os aseguro que igual hubiese hecho con otro compañero.

»Os conozco a todos, ya que estudiamos en el mismo colegio y he seguido atentamente vuestras carreras, señalando los triunfos que habéis obtenido en ellas. Sois mis amigos y no puedo creer que dudéis de mí…

Roger Lachau, el geógrafo, que era el que estaba más cerca de la muchacha, alargó el brazo, poniendo su mano sobre la de la periodista.

—No digas eso, Ivette… Sabes muy bien que te apreciamos. Lo

que ocurre es que no desearíamos embarcamos en algo de lo que no podemos estar seguros.

—¿Dudas de las fotos?

—No. No es eso, pequeña… Pero los tibetanos, sobre todo los que habitan en esa zona donde se cree existe el «yeti», son, como sabes, gente un poco extraña. Todos ellos practican una religión, si podemos llamarla así, cuyos misterios no han sido desentrañados aún: el «Bonpo». Se ha hablado mucho de ritos demoníacos, de actos extraños y terribles que nadie ha visto jamás. Ya sabes también que los budistas tibetanos no se acercan jamás a esas regiones a las que tienen un miedo cerval. Los lamas del «Bonpo» gozan de una libertad que el terror de los otros favorece. ¿No podría ser posible que entre todo lo creado por esos hombres para evitar la presencia de curiosos, estuviese la leyenda del «yeti»?

—¿Qué quieres decir?

—Que esos monjes podían haber hecho correr la voz de que por allá arriba vive el hombre de las nieves. E incluso, mediante cualquier hábil truco, sobre todo destinado a los exploradores, reproducir falsas huellas sobre la nieve para evitar que nadie les molestase.

—¡Eso es absurdo, Roger! Ellos saben perfectamente que el hombre blanco no tiene miedo a sus demonios y que las huellas, si fuesen verdaderamente falsas, y perdona el contrasentido de las palabras, no harían más que excitar la curiosidad de los exploradores.

—Es posible. Pero…

—Pero ¿qué?

—Piensa que los hombres blancos han de ir acompañados por indígenas y que es precisamente sobre la mentalidad sensible de éstos sobre la que ha de basarse la «propaganda» prohibitiva de aquellas gentes. Si los «coolies» o los «sherpas» se niegan a guiar a los blancos, el objetivo se logrará plenamente, a pesar de la curiosidad de los exploradores.

—Es posible. Pero…

—No puedo creerlo…

—La prueba la tienen en lo que ocurrió al pobre Henri. Con toda seguridad, el «sherpa» se negó a acompañarle hasta donde él quería ir. Y siguió solo, adentrándose en lo más hondo de esa región

tenebrosa. No debió ir sin embargo, llegar muy lejos. Hizo las fotos de las huellas y después bien pudo ser muerto por los monjes o por algún animal salvaje…

—¡No se encontró su cuerpo!

—Eso es lo que dice el «sherpa». Y es indudable que ese hombre no desea complicarse la vida con las autoridades de la India.

Hubo una larga pausa; luego Ivette, suspirando, concedió:

—Es muy posible que tengáis razón. Creo que he pedido demasiado de vosotros. Tenéis trabajo y es natural que no os decidáis a perder un tiempo precioso en investigaciones que no van a llevaros a parte alguna.

Se puso en pie y sonriendo, merced a un esfuerzo, dijo:

—Gracias de todos modos.

—¿Qué piensas hacer? —inquirió Marcel Brun, el biólogo.

Ella se encogió de hombros.

—Ya veré… Pero de todos modos ir.

—¿Eh?

La miraron.

—¿Quieres decir que, a pesar de lo que te hemos dicho, vas a intentar el viaje?

—Sí. Yo no puedo dejar sin esclarecer la muerte de Henri… El fue a aclarar un asunto importante y sus fotos demuestran que hay algo que necesita explicarse. El mundo no va a estar siempre preguntándose si existe o no el hombre de las nieves. Nosotros los periodistas, tenemos el ineludible deber de buscar la verdad.

Fabre sonrió.

—Pero tú olvidas, Ivette, que eres una mujer y que no puedes ir sola a ese sitio horrible.

—Nadie puede impedírmelo. Mi periódico, *París-Revue,* me proporciona el dinero y los medios para, sola o acompañada, enterar al público de la verdad acerca de la muerte de Henri Domond. Ya encontraré algunos compañeros, aunque hubiese preferido…

—Debes pensar con sensatez, pequeña —intervino Daubal—. No puedes entregarte en manos de cualquier grupo de aventureros, a los que importe más el dinero que el objetivo del viaje.

—Ya he dicho que el dinero no importa. El periódico está dispuesto a pagar lo que sea.

En la habitación se hizo el silencio.

Sin moverse del sitio donde se encontraba, Ivette miró a sus amigos, uno por uno, buscando algo donde afianzarse. Comprendía perfectamente que aquellos hombres no veían claro el asunto y que estaban seguramente en lo cierto al decir que los lamas del «Bon-po» eran los responsables de aquella escenografía diabólica.

Pero ¿qué le importaba si aquello era cierto?

Pero ninguno de los hombres allí reunidos parecía dispuesto a tomar en serio su propuesta. Por ello, dolorida interiormente, dijo:

—Debo irme. Ya es muy tarde.

Todos se pusieron en pie y ella fue estrechando las manos de sus amigos. Finalmente, Fabre, el anfitrión, y dueño de la casa, la acompañó hasta la puerta.

Cuando volvió, el silencio, más pesado que nunca, seguía planeando sobre la habitación.

Encendió un cigarrillo y, como hablando consigo mismo, exclamó:

—¡Hay que impedir sea como sea, que Ivette cometa una locura semejante!

—También pensaba yo en eso —dijo Roger—. ¡Ese director de periódico es un hombre sin entrañas!

—Tendremos que telefonearle, haciéndole ver que lo que ella se propone es una verdadera locura, un suicidio.

Roger se había puesto en pie, estaba examinando las fotos.

—Desde luego —dijo, al cabo de unos instantes del prolongado silencio—, son las imágenes más claras que jamás vi de las huellas de los pies del abominable hombre de las nieves.

—Todo lo que quieras —dijo Fabre—, pero ya has visto que los libros budistas no hablan de nada que se le parezca. Durante años y siglos podemos decir, los lamas budistas han viajado por los alrededores de esa región, junto al valle por el que va el Nen-Shu, hablando de los ritos y los demonios que las habitan. Las descripciones son bastante claras y especifican a veces lo suficiente para hacerse una idea, aunque vaga, de esos ritos. Pero jamás se habla de hombres gigantes.

—Eso es verdad —asintió Brun—. El hombre de las nieves es de reciente aparición, lo que viene a demostrar que se trata de una creación de esos monjes, destinada a aumentar el terror de los indígenas.

—¡Y eso es lo que Ivette no quiere creer!

—No olvidemos que en ella juega un importante papel la muerte de Henri.

—Es doloroso, pero no debe ser el motor que la empuje a cometer una barbaridad como la que se propone.

Hubo una pausa.

—¿No sería el mismo «sherpa» quien asesinaría a ese muchacho?

Roger se frotó el mentón.

—Entra en lo posible; pero, desgraciadamente, nada podemos demostrar. Aunque creo que el acompañante de Domond no pudo hacer eso. No, la hipótesis más aceptable es la que hemos imaginado antes: Henri se adentró demasiado en el valle del Me-Shu, el guía le advirtió de los peligros y finalmente, no pudiendo convencerle, le dejó avanzar solo y a su suerte.

»Debió de esperarle fuera de la zona peligrosa, bastante tiempo. Luego, impelido por el miedo a una responsabilidad ante las autoridades o arrepentido de haberle abandonado, se adentró a su vez, quizás aprovechando la luz del día o un momento favorable, encontró el cadáver o, como dice Ivette, la cámara del desdichado periodista.

«También es posible que los monjes viesen al “sherpa” y no lo mataran para que él pudiera decir que el ”yete” cuyas huellas debían estar cerca de la cámara, había sido el autor de la muerte del blanco.

—¡Pura propaganda! Esa gente ha estado tranquila durante siglos y está visto que desean seguir gozando de esa impunidad que les proporciona el fantástico lugar que habitan.

—Después de todo —apuntó Brun—, nada importa a la humanidad lo que esa gente haga allá. Verdad es que poseemos pocos detalles sobre el «Bon-po», pero ésta no es más que una cuestión que interesa a los especialistas.

—A mí, por ejemplo —dijo Charles Fabre.

—¿Crees que vale la pena investigar esos ritos?

—Sí, pero la expedición es demasiado peligrosa y el precio que habría que pagar a la naturaleza es demasiado oneroso para pensar en ello. Podemos quedamos con lo que sabemos. Es bastante.

—La lástima es que un muchacho como Henri cayese en la trampa de esa escenografía de los tibetanos.

—Si él hubiese sido un hombre de ciencia, se habría dado cuenta

de que las huellas podían estar falsificadas.

—En las fotos parecen de verdad...

—Es natural. En la foto es dificilísimo poder probar la autenticidad o falsedad de una cosa así. Sólo viéndolas al natural, podríamos damos cuenta de si se trataba realmente de huellas de un ser vivo.

»Hay detalles, como los pelos de las patas que pueden caer o hasta los restos de ciertas secreciones. Pero eso es imposible que lo vea un profano.

Roger, que seguía observando las fotos, comentó:

—Por la dimensión de estas huellas, podíamos decir que su poseedor, es decir, el dueño de estos pies debe de tener una altura de unos cinco metros.

—Ya sabemos que no existe ningún cuadrumano de esas proporciones. Aunque pensásemos que la existencia del hombre de las nieves fuese cierta, no hay nada que apoye esa tesis. Se han estudiado centenares de esqueletos de hombres monos del Cuaternario. El resultado de esos estudios es que nuestros antepasados fueron siempre más bajos que nosotros. Ningún gigante pobló la Tierra en momento alguno.

—¿No crees en la posibilidad de que el «yeti» viviese exclusivamente en el Himalaya?

—No. Los glaciares existieron en Europa y Asia, fuera de las zonas en las que actualmente están confinados. El mamut y muchísimos otros animales de la Era Glacial han sido encontrados en sitios que hoy gozan de un clima templado y hasta cálido. Igual hubiese ocurrido con el hombre de las nieves; sus esqueletos estarían hoy en los museos de Ciencias Naturales y entonces sí que estas fotos tendrían el valor de una verdad científica.

—Tienes razón.

—Lo importante ahora es impedir que Ivette salga para Asia. Mañana, si os parece, a mediodía, después de las clases, iremos a ver al director de *París-Revue* y le hablaremos claramente.

—Es la mejor solución.

—En cuanto Ivette, podíamos distraerla, llevárnosla a cualquier parte, ahora que se acercan las vacaciones y hacerla olvidar esa triste tragedia.

Roger se pasó la mano por sus cabellos rubios y rizados.

—Yo conocí a Henri, al que saludé un par de veces: parecía un muchacho sincero…

—¿Y quién lo niega? —protestó Fabre—. Lo que le ocurrió, podía haberle ocurrido a cualquiera. ¿Qué sabía él de los trucos de los tibetanos? Se dejó llevar por la corriente de sensacionalismo que reina en el mundo: eso es todo.

—Además —intervino Brun—, Ivette nos ha dicho que no creía en la existencia de los «yetis» y que, precisamente, para demostrarlo, fue al Himalaya.

—Si hubiésemos hablado antes con él —dijo Daubal—, hubiese sido posible disuadirle.

—No lo creo.

—O, al menos, indicarle algunas cosas para que pudiese darse cuenta de la realidad y comprobase la falsedad de las huellas que fotografió.

—Lo triste es que le ocurriese esa desgracia…

—… y eso es lo que hay que evitar que se repita con Ivette. Ya sabéis todos: mañana a las doce, nos reuniremos, después de las clases de la Sorbonne, e iremos al periódico. ¿De acuerdo?

Todos asintieron.

CAPÍTULO II

Pierre Loval, el director de *Paris-Revue*, se levantó de su imponente sillón giratorio, yendo al encuentro de los visitantes, que uno de los ordenanzas había conducido hasta su despacho.

—Pasen, pasen, por favor.

Era un hombre exuberante y jovial. Su obesidad estaba perfectamente disimulada por el hábil corte del magnífico traje gris que llevaba. Sobre el fondo de una camisa de un blanco inmaculado, la corbata granate armonizaba con el pañuelo de seda, del mismo color, que caía de su bolsillo exterior con unos hábiles pliegues de la más estudiada *negligée*.

Poseía un rostro rojizo y las vénulas dibujaban redes completas en su nariz, de tamaño más que regular.

Ofreció cigarrillos y sirvió bebidas con ademanes que denotaban una costumbre mundana profundamente arraigada en su personalidad pública.

—Ustedes dirán... —invitó a hablar, cuando los cigarrillos humeaban con intensidad creciente.

Charles Fabre rompió el fuego.

—Somos amigos de la señorita Galpin... —dijo.

—¡Ah!

—Estudió con nosotros en el Liceo Moliére y hemos conservado una amistad franca con ella. Anoche vino a vemos...

—¿Para hablarles de su proyecto?

—Sí. No conocíamos mucho a Henri Domond, pero sentimos muchísimo lo que ocurrió... ¿Trabajaba para usted?

—Indirectamente. Domond estaba de acuerdo con «Intercontinental Press», aunque me enviaba algunas cosas.

—Bien... Ivette vino, como le dije antes, a mí casa. Hizo que convocase una especie de reunión —sonrió—. Nosotros no sospechábamos lo que deseaba, pero ella no tardó en decirnos, claramente, que quería ir al Tíbet para investigar la muerte de su prometido.

—Así es.

—Verá usted... señor, nosotros somos hombres de ciencia y estamos al corriente de muchísimas cosas no conocidas por el gran público. Respecto al tan cacareado asunto del hombre de las nieves,

nos ha interesado, ¿cómo no?, en la medida que tal noticia significaba para nuestros estudios, especialmente para los míos, ya que soy etnólogo y antropólogo. Huelga decir que he seguido con todo interés cuantas cosas se han publicado sobre los «yetis».

—¿Y qué piensa usted de ello?

—¡Que es falso!

—Comprendo.

Fabre explicó pacientemente.

—Escuche, señor Loval... La existencia del hombre de las nieves debía estar ligada a lo que la Antropología moderna considera como posible. Justamente, anoche discutimos este asunto hasta la saciedad. Y estamos plenamente convencidos de que se trata de un obstáculo, creado por los nativos, para impedir que se les moleste.

—Yo, con perdón, no soy de su opinión. Las fotos de Domond...

—Unas fotos no pueden decir nada, señor. No son pruebas de la evidencia de las que la ciencia necesita para afirmar una cosa.

—¡Pero Henri fue muerto por los «yetis»!

—Esa es una opinión suya, señor; una opinión muy respetable, pero que, por desgracia, no se mantiene en pie mucho tiempo. Henri fue muerto, eso es cierto, pero de ahí a afirmar que lo fue por un hombre de las nieves...

—¡Es más que posible!

—Bueno. No vale la pena discutir una cosa de la que no podemos, usted ni yo, aportar pruebas que defiendan nuestros respectivos puntos de vista. Lo que nos ha traído aquí, a mis compañeros y a mí, es el rogarle que impida a la señorita Galpin hacer ese absurdo viaje.

Pierre Loval sonrió.

—No va a serme muy fácil, señores.

—Ya lo sabemos. Ivette es una muchacha voluntariosa y, además, amaba mucho a Henri; pero, de todos modos, siendo usted el que financia el viaje, nadie mejor para impedirlo.

Loval había entornado los ojos y permaneció con los labios apretados en silencio; luego, tras una larga pausa, dijo:

—No saben cuánto lo lamento, amigos míos...

Fabre torció el gesto.

—¿Cómo? ¿Quiere decir que se niega...?

—No —repuso dulcemente Loval—. Todo lo contrario: me

gustaría muchísimo poder hacer lo que me piden… pero es imposible.

—¿Por qué?

—Porque Ivette Galpin salió esta madrugada por «Air France», rumbo a Karachi. Se fue, sí, con un «travel-chek» de diez millones de francos.

Fabre miró a los otros, leyendo en cada uno de los rostros, una expresión de desencanto y de asombro.

Se volvió hacia el director.

—¿Cómo ha podido permitir que una muchacha como Ivette se vaya sola a una aventura como ésa? ¡Es inconcebible!

—No me juzgue mal, señor… Ivette me dio cinco minutos para decidirme, amenazándome con que se iría a proponérselo a *Life.* Y lo hubiese hecho, no tengan la menor duda.

—Ya…

Su rostro se dulcificó un poco, y bajando la cabeza, se censuró:

—Debimos imaginárnoslo.

—¿Qué podemos hacer? —inquirió Lachau.

—No lo sé. Dejar a Ivette sola, allí, a merced de aventureros y guías sin entrañas, sería una canallada…

—¡Por favor! —protestó Pierre.

Pero el otro hizo caso omiso de la exclamación del director de *Paris-Revue.*

—No nos va a quedar otro remedio que ir en su busca.

—¿Por qué no dejáis que vaya yo? —inquirió Roger Lachau—. Mis clases pueden darse por terminadas y vosotros tenéis aún para tres o cuatro semanas. Yo me encargaré de hacerle desistir.

—¿Y si no lo logras?

—Os telegrafiaré.

—¿Y si se empeña en salir para el Himalaya inmediatamente?

—La distraeré un poco hasta que vosotros lleguéis.

Marcel asintió con la cabeza.

—Creo que es la mejor solución.

—Señores —intervino Loval—, me considero un poco culpable de todo esto y pongo a su disposición los fondos necesarios…

Fabre le miró fijamente.

—¿Es que no se da usted cuenta de que lo que vamos a hacer es impedir que Ivette suba al Himalaya?

Pierre sonrió.

—Nunca he pensado otra cosa. De todos modos, permítame, al menos, sufragar los gastos. Es lo menos que puedo hacer, después de haber cometido tan craso error.

Se miraron.

Eran profesores de universidad, pero ninguno de ellos rico. Lo que ganaban era apenas suficiente para pagarse las instalaciones personales, ya que porseguían sus trabajos en sus laboratorios particulares. Aquel viaje iba a mermar tremendamente sus posibilidades económicas.

Charles sonrió ofuscado.

—Creo que vamos a tener que admitir su generosa ayuda, señor. Aunque se limitará a los gastos de nuestro amigo Roger…

—Perfectamente. Voy a encargarme, inmediatamente, de sacar el billete para el próximo avión de Karachi. Usted —se dirigió a Lachau— puede ir preparándose. Le comunicaré por teléfono la hora de salida del avión. Uno de mis empleados le acompañará a Orly y le llevará fondos suficientes para que pueda moverse sin trabas.

—Muchas gracias.

—No debe dármelas. Al contrario, soy yo quien debe estarles agradecido, ya que me van a quitar un gran peso de encima.

Se habían levantado y momentos después, cuando Roger dio a Loval su dirección y el número de su teléfono, salieron despidiéndose del director.

Este, al quedarse solo, se acercó a su despacho y movió una de las palancas del interfono.

—¿Señor?

—Tome nota para ese cable, señorita… ¿Está?

—Sí.

—Bien… «Mademoiselle Galpin, Ivette… Hotel Royal, Karachi… Texto: Conseguido triunfo parcial… uno de ellos, el llamado Roger, sale para ésa. Desea hacerle desistir y cuenta con aprobación de los demás. Los otros esperan noticias. Estoy seguro conseguirá usted lo que se propone. Si necesario aumento provisiones dinero, telegrafíe para enviar nuevas sumas. Banque de France de Karachi. Afectusosos saludos… Pierre. Mucha suerte…» ¿Lo ha tomado?

—Sí.

—Envíelo con la mayor urgencia.

—Enseguida, señor.

* * *

Echada en el lecho, vestida, Ivette releyó una vez más el cable que acababa de recibir de París. Una sonrisa de triunfo entreabrió ligeramente sus hermosos labios.

Había sabido llevar su juego, ya que no dudó un solo instante de que sus amigos no iban a dejarla sola allí, ni muchísimo menos dejar que iniciase la expedición.

¿Roger?

Hubiese preferido que viniesen todos y con eso contaba, ya que Loval le había prometido hacerse cargo de todos los gastos. Naturalmente, el director de *Paris-Revue* prefería que fuese una expedición científica la que fuese en busca de los asesinos de Henri Domond. La personalidad de los amigos de Ivette era sobradamente conocida, no solamente en Francia, sino en el mundo entero, para que el grupo no llamase la atención de los cinco millones de lectores asiduos de *Paris-Revue.*

Pero, para ella, la importancia de aquel viaje que se disponía a realizar poseía un objetivo mucho más importante que el de la información periodística y científica que se lograse. Muy por encima de todo ello estaba el buscar y castigar al que había roto la ilusión más hermosa de su vida.

No podía pensar en Henri sin que las lágrimas acudiesen a sus ojos y ahora, que estaba sola, las dejó caer, blandamente, por sus mejillas, mientras recordaba toda la felicidad que meses antes parecía prometerle la vida.

¿Cómo era posible que un hombre como Henri, avezado a toda clase de situaciones, hubiese caído en la burda trampa que Fabre y los otros imaginaban?

Ellos no conocían a Domond, ignorando que había sido el hombre más audaz del periodismo mundial, el mejor pagado y el que siempre se encontraba en el sitio oportuno en el momento preciso.

Guerras, revoluciones, levantamientos, catástrofes. Allí donde había algo «noticiable» estaba Henri, con su cámara y su máquina de

escribir, informando al mundo, con una precisión asombrosa, de lo que ocurría.

Sus documentos gráficos poseían un valor histórico indudable y sus crónicas, objetivas, pero ricas en detalles humanos, habían sido devoradas por millones de lectores, en los que contaba con verdaderos «fans» que lo idolatraban.

Todo en él era formidable.

Ahora, al recordarlo, plasmándole ante ella, Ivette sentía el real valor de la pérdida de aquel hombre extraordinario.

Lo veía alto, fuerte, con la tez morena, curtida por todos los vientos de la Tierra. Sus ojos azules poseían una especie de brillo magnético que aumentaba la atracción que ejercía en todo el mundo.

Pero lo más imborrable de aquel rostro querido, lo que no podría olvidar jamás, era la sonrisa, perenne, sincera, espontánea y que, a veces, erróneamente, la había hecho pensar en un cinismo que nunca existió en el corazón de Domond.

La sonrisa del hombre no correspondía a ninguna idea de burla: era algo consustancial con su carácter, siempre risueño, incapaz de amargar la vida de los que estaban a su lado, derrochando optimismo con la sola idea de hacer que los demás dejasen de entristecerse. Nada le importaban sus problemas particulares cuando se trataba de consolar a alguien que sufriese junto a él. Por eso, el aprecio general no era, según Yvette, más que la natural moneda con que había que pagarle.

Que aquel hombre maravilloso hubiese dejado estúpidamente de existir, que alguien lo hubiese matado, asesinado seguramente por la espalda, era algo que la ponía frenética.

Porque le parecía imposible que Henri se hubiese ganado la enemistad de los misteriosos monjes del Himalaya, él que había sido capaz de ablandar a verdaderos salvajes y que había obtenido una sonrisa de los hombres que iban a morir momentos después.

¡No podía ser!

Por eso el misterio que rodeaba a la muerte del hombre al que había amado como a nadie, la impelía a saber, a justificar aquel horrendo y absurdo final.

Y a vengarle.

Porque el hombre que había matado a Domond debía ser una

bestia salvaje, un ser sin entrañas, al que estaba dispuesta a buscar aunque tuviese que pasar el resto de su vida entre los helados picos de las montañas asiáticas.

El timbre del teléfono le hizo salir de sus pensamientos. Se secó los ojos y fue hacia la mesita donde reposaba el aparato.

—¿Diga?

—Aquí la conserjería, señorita Galpin. Hay un hombre que ha preguntado por usted: un «sherpa» llamado Milik.

El corazón de Ivette latió aceleradamente.

—¡Dígale que suba, por favor!

—Bien.

Oyó el «clic» al otro extremo de la línea y colgó, a su vez, el aparato. Luego encendió un cigarrillo, intentando dominar sus nervios.

Sólo pensar que el hombre que había estado con Henri subía la escalera del hotel en aquel momento le producía una emoción difícilmente controlable.

Al oír el timbre de la puerta, corrió, pero se dominó antes de llegar e hizo al paso, pausadamente, los últimos metros que le separaban de la entrada.

Abrió la puerta.

El hombre que había al otro lado se inclinó ligeramente.

Era alto, delgado, huesudo, con piel aceitunada y ojos intensamente negros, de una negrura de ala de cuervo. Llevaba una amplia chaqueta de cuero y unos pantalones de montar, que se continuaban con las vendas que rodeaban sus delgadas pero firmes pantorrillas. Un turbante azul oscuro envolvía su cabeza.

—Pase.

Cerró la puerta tras él y le señaló uno de los amplios y cómodos sillones de la estancia.

Él tomó asiento, encogido, ya que su altura le impedía hacerlo de otro modo. En realidad, se dobló en tres trozos: el tronco, los muslos y las pantorrillas, que se elevaban, sobre el nivel del suelo, llegándole casi a la barbilla.

—¿Quiere beber algo?

—No, muchas gracias.

Hablaba un inglés pausado, con un fuerte acento, pero que se entendía muy bien.

Ella se sentó frente a él, después de servirse un poco de licor.

—He de darle las gracias por haberme enviado la cámara fotográfica. Espero que recibiera el cheque…

—Sí, señorita. Lo recibí.

Yvette se fijó en el rostro aguileño, que parecía estar cortado con un afilado cincel, a rudos golpes. Un asomo de barba, negrísima, oscurecía el mentón del hombre.

Ella se lo imaginó al lado de Henri, señalándole, con aquellas huesudas manos, el camino a seguir, en medio de las nieves eternas.

—Se imaginará usted a qué he venido, ¿verdad?

—No lo sé.

—Quiero ir en busca del cadáver del señor Domond —dijo la joven.

El rostro del «sherpa» no manifestó expresión alguna, siguiendo tan inalterable como hasta entonces. Pero Yvette sorprendió un mayor brillo en sus ojos.

—¿Cree usted que lo encontraremos? —insistió.

—Estoy seguro que no, señorita.

—¿Por qué?

—Yo no sé nada de los «yetis», pero he oído decir que devoran los cadáveres de sus enemigos.

Ella se estremeció.

—¿Cree… —inquirió la conversación que habían tenido en París — que fue muerto por los «yetis»?

—¿Por quién entonces?

—¿Y los monjes?

—No. Los monjes tienen tanto miedo como los demás. Fue el «yeti»… sus pisadas estaban aún frescas en la nieve.

—¿Recuerda usted el lugar exacto?

Los ojos del «sherpa» se entornaron; luego, tras una pausa y con una voz que más parecía un suspiro, repuso afirmativamente:

—Sí.

Yvette esperó unos instantes, antes de decidirse a formular la pregunta que, desde el principio, le quemaba los labios:

—¿Volvería usted allí?

La respuesta vino enseguida, firme, decidida:

—No.

Ella marcó una pausa, después propuso:

—Estoy dispuesta a pagar lo que sea, Milik.

Era la primera vez que le llamaba por su nombre.

—Una mujer no debe ir al país de los «yetis», señorita… Se volverían locos.

Fue como si alguien echase por su espalda un trozo de hielo.

—No iría sola, Milik. Un amigo mío llegará a Karachi esta noche.

—Muy peligroso para una mujer.

Yvette encendió un nuevo cigarrillo; luego preguntó:

—¿Cuánto le pagó Henri, Milik?

—Doscientas libras.

—Nosotros le daremos el doble.

—No puedo, señorita… La maldición caería sobre nosotros si los «yetis» la cogiesen a usted. Los lamas saben que, pocas veces, el «yeti» ha cazado una mujer de «Gompa». Y han oído sus gritos, durante noches y noches… ¡No, no puedo!

—Usted no será responsable de nada, Milik. El hombre que me acompañará me protegerá. Usted no hará más que guiamos.

El «sherpa» tardó en contestar. Y cuando lo hizo, su voz era profunda, como si no le perteneciese:

—¿Qué sabe el hombre blanco? ¿Le ha dicho alguien que el «yeti» huele la presencia de una mujer blanca a muchas millas? Se esconden y esperan que pase cerca… ¡Nos destrozarán! Pero —la miró fijamente, con sus ojos tan negros como los de una cobra— la muerte nuestra será algo maravilloso al lado de lo que puede esperarle a usted… Sus gritos se oirán noche tras noche… Sus gritos y las horribles carcajadas de los «yetis».

CAPÍTULO III

No consiguió nada, pero logró, al menos, que Milik se alojase en el hotel, esperando la llegada de Roger. Ella le dijo que debería convencer a su amigo, y él accedió.

Yvette se había dado cuenta del intenso temblor que se había apoderado de las manos del «sherpa» cuando habló de aquellas inimaginables orgías de los «yetis», de sus horrendas carcajadas y de los gritos escalofriantes de la mujer que habían atrapado en su temeraria aventura.

No eran cosas que la tranquilizasen, pero, recordando las palabras de Fabre, cuando decía que todo aquello no era más que superstición y vanos temores de almas primitivas, se sintió más tranquila, diciéndose que los únicos probables asesinos de Henri no podían ser más que los monjes.

Aquella misma noche, Roger recién llegado a Karachi, estaba cenando con ella.

—Ya sabrás a qué vengo, ¿verdad?

Ella le sonrió y después de beber un poco de champaña, contestó:

—¡Claro que lo sé! Tú has tenido siempre algo de caballero medieval, amigo mío. Y ya puedo imaginarme la escena, frente a los otros. Te veo, con los ojos brillantes y los puños cerrados... «¿No os da vergüenza haber dejado sola a una indefensa muchacha? ¡Pues yo no estoy dispuesto a consentir que Yvette se adentre sola por el Himalya! ¡Iré con ella y la protegeré de todos esos fantásticos peligros del Tíbet!» ¿No es así, Roger?

Esbozó él una sonrisa.

—Debías haberte dedicado a la literatura, amiga mía. Tienes una imaginación portentosa. No, querida; si he venido es para llevarte conmigo...

—Nunca lo he negado.

—Pero no al Tíbet, sino a París.

Ella se pasó la mano por los cabellos pelirrojos que la luz del bar realzaba con reflejos de cobre.

—¿Es que no me conoces, Roger? ¿Por qué prolongar una conversación tan inútil como la que hemos iniciado? Sabes que iré y que ninguna fuerza humana podrá detenerme... No, no digas nada. Porque si lo que intentas es insinuar que tengo miedo, has dado en

el blanco... ¡Estoy aterrorizada! Me dan escalofríos sólo de pensar que he de viajar en compañía de un «sherpa» extraño, por regiones heladas, atravesando caminos ignorados y penetrando en una región donde la fantasía hermana con la realidad. ¡Sí, tengo muchísimo miedo! Pero Dios sabe que iré, a pesar del miedo.

Roger exclamó:

—¿Es que te has vuelto loca? Yo comprendería tu empeño si supieses que Henri está allí y que hay que ir en su ayuda. Yo mismo correría en su auxilio, sin necesidad de nada más que la certeza o la sospecha de que no ha muerto. Pero de esto, desdichadamente, no cabe la menor duda.

Yvette bajó la cabeza.

—Ya sé que no hay duda. Y no creas que llevo la ilusión, la pobre ilusión, de rescatar su cadáver y llevármelo a París. ¡Cuánto me gustaría hacerlo! Pero si quieres saber la verdad, no es nada de eso lo que me empuja hacia el Himalaya: es el saber la verdad, acabar el reportaje de Henri, dando a la Humanidad la respuesta que ansiosamente está esperando. Y, al mismo tiempo —su voz bajó de tono hasta hacerse apenas audible—, vengar su muerte.

—¿Y si lo mató una fiera?

—Es posible que ésa sea la verdad, pero me resisto a creerla. Milik me ha hablado de las huellas que había junto al aparato fotográfico. Sean de «yetis» verdaderos o la fábula de los monjes, tengo que saber quién fue el asesino de Henri.

—Has hablado de Milik. ¿Quién es?

—El «sherpa» que guio a Henri.

—¿Está aquí, en Karachi?

—Sí, le hice venir, pagándole el viaje en avión. El habita en Pauri, al norte de la India, lugar del que salió Henri.

—¿Se ha ido?

—No. Está cenando en su habitación y esperando a que le llamemos.

—¿Para qué?

—Porque quiero que lo convenzas, Roger.

Lachau sonrió.

—Sabía que eras testaruda, pero no tanto.

—Gracias.

—Además, ¿por qué he de convencer a ese hombre? ¿Es que tú

no lo has logrado?

—No.

—¿Cómo? Apenas me atrevo a creerte.

—Pues ha sido así. Se niega a repetir el viaje y dice que es una locura.

—¡Me alegro de encontrar a un hombre tan razonable!

—¡No seas estúpido! El, como los demás, es un supersticioso, un hombre de mente primitiva, que cree en los «yetis» y en las ceremonias de salvaje alegría que hacen cuando capturan a una mujer... sobre todo si es blanca.

—¿Ha sucedido eso alguna vez?

—No lo sé.

Roger meneó la cabeza.

—Sea lo que sea, ese «sherpa» es razonable. Una mujer sería un estorbo en un viaje de ese tipo. Voy a proponerte; una cosa.

—No.

Roger la miró sorprendido:

—¿Antes de anunciarla?

—Sí, antes de anunciarla.

—Déjame al menos decírtela. Quizá tu intuición se equivoque.

—Venga. Suéltala.

Roger encendió un cigarrillo; luego, mirando fijamente a la muchacha, dijo:

—Verás, Yvette: yo sigo creyendo que todo esto no nos va a conducir a parte alguna. Y vuelvo a repetirte que yo sería el primero en correr en busca de Henri... si hubiese la menor posibilidad de que estuviese vivo. Pero como veo que estás dispuesta a que se investigue su muerte y se castigue a los probables culpables, si es que los hay, porque también pudo morir de frío...

—¿Y su cadáver? Los hielos no se comen a los hombres...

—Bueno, como quieras. Está bien. Supongamos que hay que buscar a los asesinos... De acuerdo. Pues vamos a hacerlo. Deja que yo vaya y te aseguro que haré lo que se tenga que hacer.

—No.

—¿Por qué? ¿Desconfías de mí?

—Nunca, Roger. Eres el hombre más adorable que he conocido jamás y no sabes hasta dónde llega mi agradecimiento por tu ofrecimiento desinteresado rezumando amistad...

—¿Te ríes de mí?

—¡Dios me libre! Te estoy hablando con el corazón en la mano. De verdad. Por eso me da pena no poder admitir tu oferta.

—Pero...

—Escucha, amigo mío: yo no sé si has estado enamorado alguna vez, aunque te conozco y también a tu amor por los mapas de colores. Por eso te será un poco difícil comprender la imperiosa, la vital necesidad que tengo de ir «yo», personalmente, de conocer los sitios por los que Henri avanzó hacia el interior del Himalaya, de ver, de palpar el sitio donde el guía encontró la máquina... y de buscar, yo misma, a los que lo arrancaron tan arteramente de mí.

Roger la miró con una admiración sincera.

—¿Es posible que se pueda querer tanto, Yvette?

—Sí. Sobre todo cuando se ha tenido la suerte de conocer un hombre como Henri. Si se hubiese tratado de otro, de cualquiera de nuestros mezquinos compañeros de profesión, hay mucho así, que no piensan más que en la fama y el cheque que les darán a cambio de informaciones, la mayor parte de las veces falsas y trucadas, yo no movería un dedo meñique para saber la verdad. Porque dudaría, sencillamente, de la existencia de esa misma verdad.

Hizo una pausa.

—Pero se trata de Henri, ¿comprendes? De un hombre I que no tenía miedo a nada y al que habrán tenido que sorprender por la espalda, cobardemente, única manera de poder acabar con él —sus ojos se encendieron y después de un breve silencio, cuando hubo dado a su respiración un ritmo más normal, continuó—: ¡Por eso quiero ir yo contigo, Roger! Sólo a mí lado, pasando por los mismos lugares que él holló, podrás darte cuenta de que el fin de Henri es el producto de una canallada que no puede consentirse en nuestra época, aunque los culpables estén en el techo del mundo. Si es verdad lo que Fabre dijo, si lo de los «yetis» no es más que una burda patraña urdida por los monjes para evitar la curiosidad hacia sus odiosos ritos, les daremos una lección como se merecen.

Ganado por el entusiasmo de aquella extraordinaria mujer, poco le faltó a Lachau para aplaudir; pero conteniéndose, exclamó:

—Bien, Yvette. Ya veo que no hay más remedio que contar contigo. Ahora, si me haces el favor, vas a permitirme hablar un poco con el «sherpa»... a solas.

—¿Por qué a solas?

—Porque es mejor. El, no cabe duda, está un poco coartado en tu presencia. Sabe que eras la prometida de Henri y es posible que haya omitido algunos detalles. No te preocupes... te prometo decírtelo todo, absolutamente todo.

Yvette sonrió.

—Bien. Creo que me hacía falta la presencia de un hombre para darme cuenta de que no puedo hacer las cosas siguiendo el primer impulso que me pase por la cabeza. De acuerdo, Roger... Voy a dormir y mañana me contarás los detalles de nuestra marcha. Porque, no lo olvides, hay que salir cuanto antes.

—A tus órdenes...

Ella se inclinó y le besó en la frente.

—Gracias por todo, amigo mío. Yo ya le dije a Henri que erais muy buenos conmigo y él se dio cuenta de lo orgullosa que estaba de vosotros. ¡Hasta mañana!

* * *

Roger hizo que le sirvieran al «sherpa» un doble de coñac. El tomó lo mismo. Como no fumaba cigarrillos, el asiático encendió su vieja pipa, mirando entornado al francés.

—Lo que deseo saber —dijo éste, después de dar tiempo al tiempo— es la verdad, desnuda, sin ambages. Ahora no está usted ante esa señorita y puede, por lo tanto, hablar con libertad absoluta.

El «sherpa» tardó unos instantes en hacerlo, luego, con voz monótona y lenta, en el vistoso inglés que empleaba, dijo:

—Lo he contado muchas veces, señor: siempre lo mismo...

—Vuelva a hacerlo.

Los ojos de Milik se entornaron más aún, cerrándose casi.

—Habíamos llegado al valle por el que pasa el río Men-Chu. A la derecha quedaba el camino que lleva a una lama— sería de budistas, cerca de sesenta millas de aquel lugar. El señor Domond estaba contento, ya que durante el camino se había mostrado impaciente.

»Allí, en aquel valle, empieza la zona donde los lamas “Bon-po” tienen sus «Gompas»; es decir, sus monasterios. Siempre nos hemos detenido por allá, ya que el camino hacia el Everest es el mismo que lleva a la lamasería budista de la que antes he hablado.

»Era la primera vez que iba a penetrar en territorio prohibido y he de confesarle que tenía mucho miedo. Pero el señor Domond era formidable y me habló, intentando demostrarme que no debía temer a los diablos de los monjes "Ben— po", ya que, según él, todo eso eran supersticiones que ningún hombre moderno podía concebir ni creer...

—Tenía mucha razón...

El «sherpa» no hizo observación alguna a aquel comentario.

—Penetramos —prosiguió— por el valle, manteniéndonos siempre por el margen derecho y remontando el curso del río. Fue a la mañana siguiente cuando encontramos las dos piedras.

—¿Qué piedras?

—Dos, en forma de columna, llenas de impresiones escritas en lenguaje vulgar.

—¿Indio?

—No, tibetano.

—¿Lo entiende usted?

—Sí.

Hubo una pausa.

—El señor Henri debió de darse cuenta de que las inscripciones de aquellas piedras hacían mella en mí, porque me preguntó por qué había palidecido.

—¿Palideció usted, en efecto?

—Sí.

—¿Qué decían aquellas piedras?

Milik desvió hábilmente la respuesta.

—Eran advertencias, invitando a los que llegasen allí a dar media vuelta y alejarse.

—¿Por qué?

—Eso ya no tiene importancia —resumió el otro—. El señor me convenció y pasé al otro lado de las columnas. Anduvimos todavía durante todo el día y al atardecer veíamos el «Gompa», a nuestra derecha.

—¿Un monasterio?

—Sí. Yo me negué rotundamente a avanzar más y míster Domond no pudo conseguir que siguiese. Entonces me rogó que plantase la tienda allí. Yo creí que lo había convencido y me acosté con la esperanza de que al día siguiente lograría hacerle volver.

—¿No pasó nada aquella noche?

—No. Mientras cenábamos, oímos las trompas de los monjes. Después, un poco más tarde, se callaron.

—¿Qué hicieron entonces?

—Nos fuimos a dormir.

—¿No había peligro alguno?

—Yo estaba bastante asustado, pero me decía que el monasterio señalaba el límite de donde podíamos llegar. Más allá del monasterio, sí que había peligro.

—¿Qué pasó luego?

—Nada. Fue solamente a la mañana siguiente cuando, al despertarme, me di cuenta de que el señor Domond había desaparecido.

—¿No lo oyó irse durante la noche.

—No. Habíamos hecho cerca de treinta kilómetros sin parar de ganar altura, y yo estaba verdaderamente cansado. Me asusté mucho y miré hacia el «Gompa», pero no vi a nadie.

—¿Fue entonces en busca de su amo?

—No. Esperé todo el día, creyendo que regresaría. Pero llegó la noche y el señor Henri no había vuelto. Aquella noche fue la más atroz de mi vida. Los monjes no dejaban de sonar sus trompas...

—¿Por qué lo hacen?

—Para llamar a los demonios, según he oído... Yo no pude pegar un ojo y no dejaba de pensar en el señor. Después, a la mañana siguiente, me decidí a avanzar un poco.

—¿Dónde encontró la cámara?

—A un centenar de metros, a mí derecha, más allá de la línea que marcaba el monasterio.

—¿No había nadie por los alrededores?

—No.

—¿Y en el monasterio?

—Tampoco. Debían estar encerrados, ya que las puertas no estaban abiertas. Tampoco había nadie en las murallas.

—¿Murallas? ¿Es entonces una especie de castillo? —inquirió Roger con curiosidad.

—Sí, eso es... una especie de fortaleza... Los monjes se encierran cuando saben que los espíritus malignos y los «yetis» vagan por el valle.

—¿Qué vio al lado del aparato fotográfico?

—Huellas de «yeti».

—¿Está seguro?

Milik abrió los ojos, que había tenido semicerrados hasta aquel momento, y miró al francés.

—Completamente seguro, señor.

—¿Había muchas?

—Bastantes. Y se dirigían hacia un bosque que, más allá, señala el comienzo de un pico altísimo.

—¿Eran grandes las huellas?

—Gigantescas.

—¿Las había visto usted antes?

—No, nunca.

Roger sonrió.

—¿Cómo sabía entonces que eran de «yeti»?

—No puede haber equivocación alguna, señor. Todo el mundo ha oído hablar de esos pies desnudos, gigantescos, de seres que han de tener cinco metros de altura por lo menos.

—¿No podían ser huellas de un animal grande?

El otro movió la cabeza negando.

—No. Eran huellas de pies humanos, como los nuestros, pero de un tamaño enorme. Yo conté los dedos y vi la forma: no, no cabía la menor duda de que eran huellas de pie de «yeti».

—Bien. ¿Qué hizo usted luego?

—Recorrí un poco aquella zona, aunque muerto de miedo, buscando al señor Domond, pero fuera de la máquina no encontré nada más. Luego volví al campamento, lo levanté y me puse en marcha hacia lugares más seguros.

—¿Hasta dónde fue?

—Hice el mismo camino que cuando subí con el señor Henri. Llegué a Pauri, mi aldea, donde descansé dos días, bajando después hasta Nueva Delhi.

—¿Para qué?

—Para enviar el aparato. El señor Domond me había prevenido de que, en caso de que le pasara algo, enviase todo lo suyo a la señorita.

Hubo un nuevo silencio que Roger aprovechó para pedir dos nuevos coñacs.

—¿Qué tal era el señor Domond? —inquirió, mirando fijamente al «sherpa».

—Un hombre admirable, que sonreía siempre.

—¿Tuvo miedo alguna vez?

—¡Nunca! Su tranquilidad me daba fuerzas a mí.

Nueva pausa.

—Usted cree que fueron los «yetis» los que le mataron, ¿verdad?

—Estoy convencido de ello, señor.

—¿No pudieron ser los monjes?

Una sonrisa de desprecio se pintó en los labios del indígena.

—¿Los monjes? Ya le he dicho que habían cerrado el «Gompa» a piedra y lodo, señor.

Hubo un nuevo silencio; luego, Roger, inclinándose hacia el «sherpa» preguntó:

—¿Sabe que tiene que acompañamos, Milik?

—No lo haré.

—Sí. Le pagaremos mejor que nunca, pero le advierto que las autoridades indias entrarán en el asunto si se niega.

El «sherpa» guardó un prolongado silencio; luego, con voz comedida, preguntó:

—¿Vendrá… ella con nosotros, señor?

—Sí.

Roger notó que el color de la piel del rostro del indio mudaba de color.

Luego, después de un larguísimo silencio, comentó:

—Es un error, señor… Ninguna mujer blanca ha idonun— ca a la tierra de los «yetis».

—No se preocupe, Milik. La responsabilidad es mía. ¿Cuándo salimos?

Hubo una nueva pausa; luego, el «sherpa», con voz helada por la emoción, anunció:

—Sí, lo haré. El señor Henri era un hombre valiente y su memoria no me dejaría dormir si no llevase a sus amigos hasta el sitio donde murió.

CAPÍTULO IV

El avión les condujo hasta Nueva Delhi, desde donde un nuevo aparato les llevó a la frontera, al pequeño pueblo del «sherpa», Pauri.

Ya eran visibles desde allí los formidables gigantes de piedra y nieve. La cadena del Himalaya ocupaba totalmente el horizonte y se levantaba, impresionante, hasta el cielo, ocultando sus cabezas pétreas entre las nubes, como si quisiese desafiar al cielo, hundiendo la mirada de sus picos en el azul.

Impresionada, Yvette miraba, desde la ventana de la casa que habitaban, las altas montañas, esperando que Milik encontrase portadores y «coolíes» para la expedición, diciéndose que Henri había ido hacia allá, minúscula hormiga entre aquellas colosales masas, en busca de algo que, forzosamente, tenía que ser tan grandioso como el marco que lo rodeaba. Estaba contenta de la presencia de Roger y ahora se daba cuenta de lo valiosa que era, ya que, aunque estaba decidida a viajar y lo hubiese hecho sola, las cosas no se hubieran presentado del mismo modo que con la ayuda de un hombre.

Claro que echaba de menos a los otros componentes del equipo, pero Lachau le había hablado claramente, diciéndole que telefoneó a París y que todos estaban de acuerdo para que él acompañase a la muchacha.

Era muy hermoso saberse asistida, aunque fuese a distancia, por un grupo tan maravilloso y completo como el que formaban aquellos hombres a los que había conocido como estudiantes en el Liceo Moliére.

Roger entró en la habitación.

—¿Sigues admirando el paisaje, Yvette?

Ella se volvió sonriente.

—«Admiran» no es la palabra justa, amigo mío. ¿Quieres creer que cuanto más lo miro, más me impone?

Él se acercó, mirando hacia la masa de montañas.

—Es gigantesco —dijo.

—Ahí dentro —comentó la muchacha— debe de ser como un mundo aparte, como si nos alejásemos de la Tierra para penetrar en otro planeta.

—Fantaseas, querida…

—No. Ya verás como tengo razón. El hombre ha hecho muchas cosas admirables y ha dominado a los elementos; pero, a pesar del avance de la técnica, el Himalaya escapa a nuestro control y sigue siento casi tan importante como hace milenios.

—Puede que sea así…

Se alejó de la ventana y encendió un aromático cigarrillo.

Ella le imitó y cuando hubo lanzado la primera bocanada de humo azul hacia el techo, dijo:

—¿Has visto a Milik? —inquirió.

—Sí, acabo de dejarlo. Tenemos el equipo formado y todo dispuesto.

—¿Cuántos?

—Ocho «coolíes»… No olvides que llevamos dos tiendas y bastante carga de alimentos y ropas. ¿Te equipaste bien?

—No te preocupes por mí. Me cargué en Nueva Delhi.

—Milik me ha dicho que nuestro mayor enemigo será el frío. La temperatura, sobre todo durante las noches, es horriblemente baja.

—Procuraremos combatirla con éxito.

Y después de una pausa quiso saber:

—¿Cuánto tiempo tardaremos en llegar allí…?

—Unos nueve días de marcha, según ha dicho Milik, hasta llegar al sitio donde el camino se bifurca: uno hasta la lamasería y el otro hacia el valle que tomó Henri.

—¿Y después?

—Milik me dijo que avanzaron todo un día hasta llegar a aquellas piedras con inscripciones terroríficas.

«Después, hay un sendero que bordea el abismo del valle por el que corre el río. A la derecha, queda el monasterio de esos tipos que practican el “Bon-po”.

—Sé muy poco de ellos… ¿sabes algo tú?

—Poco más que tú supongo… El «Bon-po» es una creencia misteriosa, llena de ritos salvajes y sangrientos.

—¿Cómo son los practicantes de la secta?

—Raros. No les gusta verse interrumpidos. Por eso han elegido ese lugar tan apartado. No permiten que se les moleste.

—Nosotros no les molestaremos…

Roger sonrió…

—Me encanta tu inocencia y tus buenos propósitos, Yvette. Si, como dijo Fabre, lo de los «yetis» es una escenografía terrorífica montada por los monjes, se deduce que tendremos que vérnoslas con ellos.

—Tienes razón.

—Por algo he comprado tres rifles en Nueva Delhi. No quiero caer en trampas y haré lo posible por evitarlo.

Ella frunció el entrecejo.

—Nunca he sabido si Henri iba armado —murmuró.

—Lo iría con toda seguridad.

—Sí... —hizo una pausa—. Henri sabía manejar toda clase de armas. Por eso me extraña que se dejase atrapar de un modo tan estúpido.

—¿Qué sabes tú?

—Milik no habló de haber visto manchas de sangre.

—Porque el «sherpa» se limitó a andar unos metros alrededor del sitio donde encontró la máquina. Milik no es tan supersticioso como los demás, pero eso no quita que tenga un pánico cerval a los «yetis».

Tiró el cigarrillo y poniéndose en pie, dijo:

—Bueno, creo que tendremos que acostarnos. Mañana salimos al alba.

—¿Mañana?

—Sí. ¿O es que creías que íbamos a pasamos aquí toda la vida.

* * *

Pauri había quedado atrás y cada vez que Yvette se volvía, el paisaje le parecía más extenso, ligado a la altura que iban alcanzando en la lenta ascensión.

El terreno ofrecía un aspecto montañoso, con sus senderos que serpenteaban entre un mar de verdura. De no haber visto, al fondo, las masas gigantescas de los macizos del Himalaya, la muchacha podía haberse creído en cualquier excursión al Macizo Central.

Milik abría la marcha y ella iba detrás, teniendo a su espalda a Roger. Luego, en fila india, iban los portadores, inclinados bajo el peso de los fardos; silenciosos, hundidos en un mutismo tan asiático como incomprensible.

El camino zigzagueaba entre una vegetación puramente montañosa. Pronto dejaron de ver árboles y la flora se fue haciendo escasa a medida que ganaban altura.

Al mismo tiempo, la temperatura se hacía sentir y una brisa helada cortaba el rostro, a pesar de la capa de grasa que se habían puesto en la cara para evitarlo.

Todavía no era necesario ponerse las gafas, ya que la nieve no era ni mucho menos abundante. Pero el descenso de la temperatura anunciaba la proximidad de las zonas heladas, de ventisqueros donde el aire mordería con saña los cuerpos.

Caminaron durante seis horas, casi sin concederse descanso alguno. Después, al tiempo que abandonaban la zona montañosa con vegetales y se adentraban por una especie de meseta donde la nieve cubría el noventa por ciento de la superficie, Milik levantó el brazo derecho.

Roger se adelantó.

—¿Tenemos que instalar el campamento aquí?

—Sí, señor Lachau. Hemos avanzado lo bastante por hoy y habrá que cambiar de vestidos: me refiero a ustedes dos.

—¿Qué quieres decir?

—Que tendrán que abrigarse más.

—¿Va a aumentar el frío?

—Allí —dijo señalando hacia delante—, empieza un ventisquero por el que hemos de subir. Es un sitio malo, lleno de hielo. Tendrán que usar botas claveteadas y abrigos de pieles. El viento es muy fuerte.

—¿Qué hay después?

—Siempre ventisquero. Durará unos dos días más. Luego, encontraremos otra meseta que hay que atravesar.

—Bien. Ordena que monten las tiendas y que preparen la comida.

—Sí, señor.

Poco después, las hogueras chisporroteaban, al tiempo que el día iba declinando a gran velocidad. En el interior de la tienda de Yvette, ésta y Roger comieron y bebieron. Después, encendieron sendos cigarrillos.

—¡Ya estamos en camino! —suspiró ella.

—¿Estás contenta?

—Francamente, sí. Nunca creí que tardásemos tan poco en ponernos en marcha. Claro que todo esto te lo debo a ti.

—Ya verás como el tiempo pasa rápidamente y antes de que te des cuenta, estamos donde llegó Henri.

—Creo que me moriré de emoción.

—No digas tonterías. Aquí no se muere más que de pulmonía doble.

—No te preocupes por eso. Hemos traído bastante ropa de abrigo.

—Aquí no tienes que hacer admirar tu silueta, aunque para mí tú siempre estarás bonita.

Le miró, sonriendo, pero una nube de duda pasó por sus ojos.

A la mañana siguiente, recogidas las tiendas, el grupo reanudó la marcha, atravesando la meseta y penetrando en el ventisquero.

Roger se dio cuenta de que el «sherpa» no había exagerado. El ventisquero no era, en realidad, más que un pasadizo, no muy ancho, ya que en algunos sitios no pasaba de diez metros y era tremendamente alto, lo que hacía que la luz se filtrase desde lo alto, como por una estrecha rendija, haciendo que los hombres marchasen en una casi completa oscuridad.

El silbido del viento era el único sonido que había allí, e Ivette estaba hondamente impresionada, dándose cuenta de que acababa de entrar en contacto con el verdadero Himalaya. Pensar que Henri había pasado por allí, con su eterna sonrisa en los labios, le daba ánimos para vencer la fatiga. El suelo, resbaladizo en extremo, contribuía también al cansancio, ya que los resbalones eran continuos.

Muchos antes de llegar la noche, el «sherpa» hizo que se detuvieran, ordenando establecer las tiendas, pero los «coolíes» no lograron hacerlo, ya que le viento, encajonado y cada vez más impetuoso, hizo baldíos cuantos esfuerzos desplegaron.

Milik acabó por encontrar un entrante en el borde liso de las paredes y lo señaló a Roger, indicándole que podía colocarse allí, en compañía de la muchacha, para pasar la noche.

Así lo hicieron, acurrucándose el uno contra el otro. Un «coolí» les sirvió la cena y después tomaron un vaso de café frío con coñac, ya que fue imposible encender el fuego.

—Es horrible —musitó la muchacha.

—¿Creías acaso que no habría dificultades? ¡Y esto no es más que el principio!

—¿Es que quieres asustarme?

—No. Sabes muy bien que estoy dispuesto a hacer lo que sea para que no sufras...

Yvette había observado, desde hacía poco, un cambio radical en la manera de ser de Roger. Nunca imaginó que una cosa así se produjese, ya que había tratado a Lachau, como a todos los demás de la «banda», de una forma en la que no podía caber la menor duda.

Todos ellos sabían que tenían en ella una amiga y ninguno de ellos se atrevió jamás a deshacer aquel pacto sagrado que, de una manera natural y espontánea, se había establecido entre ellos.

Ahora, en cambio, no podía escapar a la fina intuición de su alma aquella forma de tratarla que tenía Roger desde que habían salido de Pauri.

Se decía, acurrucada allí, junto a él, que era suya la culpa por haber permitido que fuese Roger sólo quien la acompañase en aquel viaje. De haber salido todo el grupo, ningún problema se hubiera presentado, sobre todo como este que apuntaba ya y cuyo cariz iba a malograr el viaje.

¿Es que estaba tan ciego como para no percatarse de que si había hecho aquel viaje era exclusivamente por saber cómo había muerto el único hombre amado y para vengar su muerte?

Pero Yvette conocía suficientemente la vida para saber que nada se opondría a los deseos desatados de un hombre que contaba con triunfar.

Y aquello era lo desagradable.

No había nadie en el grupo a quien confesar sus temores, en busca de una solución que no fuese la de hablar clara y crudamente a Lachau, haciéndole ver lo feo de sus maniobras.

—¿Duermes?

La voz de Roger, tan cerca, la asustó. No pudo evitar estremecerse.

Imitando el tono de una persona que acaba de ser despertada, dijo:

—Estoy muy cansada... Roger... —bostezó, lo más sonoramente que pudo—. Buenas noches —musitó después.

Tuvo que hacer, no obstante, un verdadero esfuerzo para que su respiración fuese rítmica y que Roger creyese que estaba dormida.

Pasaron largos e interminables minutos.

Y, de repente, ella notó que él se movía, a su lado. Después, helada de espanto, sintió el aliento del hombre cerca de su rostro y, finalmente, los labios de Roger se posaron dulcemente sobre su mejilla.

La embargó una sensación de asco, de desesperación y de desilusión.

Por último, cuando el hombre volvió a su posición normal, ella dejó que las lágrimas cayesen mansamente por sus mejillas.

CAPÍTULO V

La segunda meseta había quedado ya atrás y marchaban ahora por el borde de un precipicio, rodeando un picacho impresionante, que, sin embargo, al lado de los otros que había más atrás, parecía un despreciable enano de feria.

Yvette había dado gracias a Dios de que se acabase el ventisquero para poder dormir en su tienda, cuya cerradura de cremallera procuraba mantener siempre fija al pivote inferior de seguridad.

La actitud de Roger no había cambiado, pero ella se daba cuenta de que él esperaba, con la misma tranquilidad que el águila que sobrevuela la víctima que intenta inútilmente huir.

Aquella tarde montaron el campamento en la división de los caminos, justo en el lugar donde empezaba el valle por el que discurrían las limpias aguas del Men-Shu.

Ella experimentó una sincera alegría al saber que, a partir de aquel instante, iban a penetrar decididamente en el territorio peligroso, en la zona donde reinaban los misteriosos monjes del «Bon-po» y los no menos misteriosos «yetis».

Evitando que Roger entrase en su tienda, como tenía costumbre, para cenar juntos, se sentó junto a uno de los fuegos, haciéndose servir allí por uno de los «coolíes».

Lachau no tardó en acercársele.

—¿Cómo? ¿No cenas en tu tienda?

—Estoy demasiado emocionada, Roger. Ya estamos llegando.

—Sí —repuso él sentándose a su lado—. Tenías ganas de llegar, ¿eh?

—Muchísimas. Pensar que estoy tan cerca me pone nerviosa.

—No creo que llegues a imaginar que encontraremos su cadáver.

—Ya me imagino que eso es imposible, pero no vengo por eso.

—Sí, ya lo sé.

Ella dejó el plato a un lado y encendió un cigarrillo.

—Hasta ahora —dijo— todo ha ido muy bien.

—Igual ocurrirá con el resto.

—Me gusta oírte hablar así.

—¿Te has fijado en las caras de los «coolíes»?

—¿Qué les pasa a sus caras?

—Desde que hemos llegado aquí, no hacen más que mirar con un miedo estúpido hacia el camino que tomaremos mañana. Nunca creí que pudiese haber gente tan cretina…

—Ellos no son como nosotros, Paul… has de comprenderlo.

—¿Tú crees?

—Claro. Han vivido siempre bajo la sombra de supersticiones y temores. Desde muy niños, sus padres, sus amigos y los mayores les han hablado de estas regiones con el mismo pánico que ellos experimentaban. ¿Has olvidado acaso lo que ocurría en Europa hace siglos?

Roger se limitó a encogerse de hombros sin decir nada.

—Cuando Colón salió para América, todavía se creía que el Atlántico terminaba en una especie de colosal catarata sin fondo.

—Igual creían los vikingos.

—Por eso mismo, Roger, no debemos despreciar a esas pobres gentes.

—¡Son una banda de cobardes!

—Es posible. Pero no olvides que sin ellos estaríamos perdidos.

Se volvió hacia la muchacha, con un colérico brillo en los ojos.

—¡Eso precisamente es lo que me preocupa! He hablado con Milik y me ha dicho que no sabe si los «coolíes» nos seguirán por mucho tiempo.

—¿Quieres decir que nos abandonarán?

—Sí y no…

—No comprendo.

—Ellos no volverán solos a Pauri; de eso puedes estar segura. Pero pueden quedarse atrás, por miedo a los demonios de los monjes del «Gompa» que hay más adelante.

—Entonces tendríamos que seguir solos, ¿verdad?

—Sí, pero no es una cosa que me haga mucha gracia. Ya puedes imaginarte que tendríamos que cargar, por lo menos, con las provisiones, ya que no podríamos llevar las tiendas con nosotros.

—Entiendo.

—Pero antes que eso ocurra, me conocerán… ¡palabra! No estoy dispuesto a que un grupo de sucios ignorantes se rían de mí.

—No emplearás la violencia, ¿verdad?

—Ya veremos…

—¡Por favor, Roger!… No olvides que debemos conservar a los

porteadores. Si ellos nos abandonasen, tendríamos que volver cargados, abandonar toda o casi toda la impedimenta... ¡Sería horrible!

Lachau sonrió.

—No te preocupes, cariño. Si es verdad que existen esos gigantescos «yetis», te cazaré unos cuantos y volveremos en sus brazos.

Más que su baladronada, era la palabra «cariño» la que la había herido profundamente, demostrándole que Roger seguía en sus trece y que no esperaba más que la ocasión para confesarle sus sentimientos.

A la mañana siguiente, cuando reanudaron la marcha, ella se dio cuenta de que Roger estaba preocupado por la pasiva actitud de los «coolies» y pensó, agradecida a aquella circunstancia, que por lo menos se olvidaría un poco de ella.

Caminaba la muchacha al lado del «sherpa», ya que Roger iba el último, cerrando la marcha y con su rifle en las manos. Los orientales se habían dado cuenta del cambio de actitud del «sahib», pero sus rostros no reflejaban absolutamente nada.

—¿Está muy lejos esa piedra, Milik? —inquirió la joven.

—¿La piedra? —repuso sorprendido el «sherpa»,

—Sí. Habló usted de esas dos columnas...

—¡Ah! Llegaremos esta misma tarde, señorita.

—¿Cree que nos abandonarán los porteadores?

—No lo harán, pero nadie les obligará a ir más allá de las columnas. Ni siquiera el rifle del señor Lachau.

—¿Qué haremos entonces?

—Seguir nosotros tres.

—Creo que es lo mejor.

Hubo una breve pausa que quebró Milik.

—Ya le dije, señorita, que hacía mal en venir.

—Tenía que hacerlo —repuso ella.

—Los demonios de los monjes «Bon-po» son muy listos. Saben mucho más que los hombres blancos.

—¿Qué quieres decir?

—Que han empezado a meter locura en la mente de Lachau-«sahib»...

—No te entiendo, Milik.

—¿No se ha fijado acaso en los ojos del señor Lachau? Ahora están llenos de cólera que los demonios han metido en su cabeza.

—Ya entiendo; pero no te preocupes, Milik: yo lo tranquilizaré.

—No lo sé, señorita... Porque la otra noche no había cólera en los ojos, sino otra cosa.

Ella se estremeció y tardó casi dos minutos en inquirir, turbada:

—¿Qué cosa, Milik?

—La señorita lo sabe mejor que yo. Ya se lo advertí: los espíritus son muy listos y harán que la voluntad del señor se aleje... lo volverán loco. Así podrán apoderarse de la señorita.

Le horrorizaba a Yvette que Milik se hubiese dado cuenta de la pasión que había surgido en Roger. Y nada importaba que diese una explicación tan fantástica. El hecho es que se había percatado, demostrando que era muchísimo más listo de lo que ella se había imaginado.

—El señor Henri —dijo él— era mucho más fuerte y supo evitar las artimañas de los espíritus. Si no hubiese caído en manos de los «yetis», habría regresado sano y salvo.

Los ojos de la muchacha se llenaron de lágrimas.

La pendiente se acentuó más y más hasta hacer que la marcha se convirtiese en algo penoso. Yvette ya no podía más, pero pensó que quizá Roger no deseaba pararse para no dar ocasión a los «coolíes» de que pensasen demasiado en la región donde estaban internándose.

Finalmente, la pendiente se transformó en llanura y la áspera pared de la derecha desapareció, dejando ver, desde lo alto de la senda, que marchaba ahora por la cresta de la montaña, una planicie que las brumas del atardecer cubrían casi por completo.

A la izquierda, la bruma tapaba también el río, cuyo rugir era la única nota sonora que perforaba el muro de intenso silencio que reinaba en aquella altura.

Quinientos metros más de marcha y Milik se detuvo, señalando dos piedras verticales que se alzaban ante ellos, delimitando una especie de entrada.

—¿Son... ésas?

—Sí.

Un rumor brotó de todas las gargantas indígenas y los hombres, como obedeciendo a una señal, dejaron caer los fardos, sin cesar de

murmurar en voz baja.

—¿Por qué nos hemos detenido, Milik? —era Roger quien hablaba.

—Debemos hacerlo, señor. Es casi de noche.

Roger miró hacia las columnas de piedra.

—¿Son éstas? —inquirió.

—Sí.

Roger se acercó a las piedras para observar sus inscripciones.

—¡Milik!

Se acercó el guía, seguido de Yvette.

—¿Entiendes esto? —inquirió Lachau.

—Sí, señor.

—¿Puedes traducírmelo?

—Lo intentaré.

Tras un breve silencio, leyó en voz alta:

—«Vosotros., los que os habéis atrevido a llegar hasta aquí, pensad que a partir de estas piedras, puertas del Infierno, los espíritus del Tíbet, son los dueños absolutos… Si eres un cochino budista, ¡huye! Si no estás ejercitado en la doctrina "Bon-po", ¡huye! Porque los Demonios de la Confusión y del Terror harán presa en ti. Y si lograses escapar a sus dominios, los "yetis" acabarán devorando tu inmunda carroña… ¡Huye, mil veces maldito!…»

Luego, Milik, añadió:

—Eso es todo, señor.

Roger soltó una risa aguda.

—¿Y tú crees en eso, Milik?

Luego, volviéndose hacia los «coolíes» que plantaban las tiendas más allá de las columnas, Lachau escupió despectivamente al suelo.

—¡Manada de cobardes! ¡Hijos de cobardes! ¡Mirad lo que hago con estas tonterías!

Y echándose el rifle a la cara, disparó seis veces sobre las columnas, haciendo saltar trozos de roca y constelaciones de chispas.

El estrépito de los disparos resonó durante largo rato.

—El señor ha hecho mal —dijo Milik.

—¿Por qué?

—Porque los monjes sabrán que estamos aquí.

—Tiene razón —intervino la muchacha.

—¡Basta! —rugió Lachau fuera de sí—. ¡Estoy más que harto de oír estupideces! ¡Yo soy el jefe de la expedición y hago lo que me da la gana!

Miró a los porteadores.

—¡Y vosotros, cerdos inmundos, tened cuidado!

Se acercó a los paquetes que contenían comida, arrastrándolos hasta el otro lado de las columnas. Quería así significar que nadie iría de allí sin su permiso.

—¡Yo iré por la comida! —exclamó—. Porque estoy seguro que ninguno de vosotros se atreverá a hacerlo... ¡Así no podréis huir, gallinas!

Se volvió a Yvette y, sonriendo, le dijo:

—Ya ves, cariño, que no es tan difícil como pensabas tener las riendas de todos esos miedosos!

La noche se les echaba encima y Roger fue en busca de alimentos que entregó al «coolí» que hacía de cocinero.

—Toma, ya puedes preparar la cena.

Pero el hombre no se movió.

—¿Qué demonios te ocurre?... rugió Roger.

Al oír el grito, el «sherpa» acudió corriendo.

—Dile a ese imbécil que prepare la cena —rugió Lachau.

Milik habló al hombre que seguía con la mirada fija en los sacos de alimento, sin pestañear. Luego, sin levantar la cabeza, el hombre habló en un extraño lenguaje.

—¿Qué dice?

—Que no puede tocar estos alimentos.

—¿Por qué?

—Porque han estado al otro lado de la columna y estarán ya contaminados por los espíritus malignos. Ninguno comerá de ellos, señor.

—¿Pero es que se han vuelto locos? ¿Qué es eso de que no van a comer?

—No van a comer, señor.

—¿Y qué harán entonces?

–

—No lo sé. Pero prefieren morir de hambre que probar el contenido de estos sacos.

—¡Banda de estúpidos supersticiosos! —exclamó La— chau—:

¡Mejor que mejor! Prepara tú la comida, Milik.

—No puedo hacerlo, señor.

—¿Eh?

—Yo tampoco comeré. Seguiré a vuestro lado, pero me alimentaré de mis propias provisiones.

Y tocó el zurrón que le colgaba en bandolera.

—¿Cómo? ¿No irás a decirme que crees que los alimentos contienen espíritus?

El «sherpa» no contestó.

Con el rifle en la mano, Lachau estuvo a punto de utilizarlo para matar a todos aquellos estúpidos; pero, pensándolo mejor, dijo:

—Bien: diré a Yvette que prepare la comida para los dos.

Y cogiendo el saco se alejó hacia la hoguera que los «coolíes» habían encendido para la muchacha y para él.

Explicó el caso a Yvette.

—¿Qué te parece? —inquirió, al terminar.

—Ya te dije que los tratases con más cuidado.

—¿Qué querías que hiciese? —estalló—. ¿Que me inclinase ante su estupidez supersticiosa?

—Les has herido en lo más hondo de sus creencias y se irán.

—No lo creas. El hambre les hará volver por buen camino... Y hablando de hambre, ¿vas a hacerme algo, cariño?

—¡No me llames cariño, Roger!

El la miró sorprendido.

—Perdona, Yvette... no creí que te ofendiera.

Ella no le contestó y empezó a preparar los alimentos. Estaba contenta y satisfecha por haber sabido salir airosa de la situación.

Quizá, si era todo lo sensato que ella esperaba, se diese cuenta de que había errado el camino y volviera a ser todo como antes.

CAPÍTULO VI

Se despertó sobresaltada, victima aún de la espantosa pesadilla que acababa de vivir.

Soñó que se encontraba, completamente sola, en medio de una especie de meseta blanca. La nieve le llegaba hasta las rodillas y apenas si podía moverse; sin embargo, haciendo de tripas corazón, había avanzado, en la difusa claridad de aquel fantástico atardecer, llamando a Henri a gritos, segura de que él la estaba oyendo, pero no podía moverse, ya que había caído en lo hondo de un glaciar.

Por último, una silueta había aparecido a su derecha, avanzando lentamente hacia ella. Cuando volvió el rostro hacia aquella aparición, Yvette lanzó un grito espantoso, al darse cuenta de que era un «yeti», peludo y horrible, con sus colmillos agudos al aire.

Se dio cuenta entonces de que estaba irremisiblemente perdida y se volvió, justo para ver que el hombre de las nieves se lanzaba furiosamente sobre ella.

Fue en aquel momento cuando se oyó un disparo y el «yeti» se desplomó, surgiendo detrás de él la silueta de Roger, que, con el rifle aún humeante en las manos, reía con una risa de triunfo.

Ella sintió entonces la desesperación de saberse a merced de Lachau y casi hubiese preferido las garras del «yeti». Porque sabía que Henri estaba allí cerca, esperándola, y que Roger no la dejaría ir en su ayuda.

—¿Qué te ocurre, Yvette?

Roger estaba a su lado, pero ella tardó bastante en darse cuenta de que acababa de despertar.

—¡Henri! ¡Déjame ir en su busca! ¡Está ahí, en el glaciar!

—Vamos, vamos; despierta, por favor.

Poco a poco, la tranquilidad volvió a ella y su corazón dejó de latir con la impetuosidad que lo hacía momentos antes.

—Estaba soñando —dijo ruborizándose.

—Ya ha pasado todo.

Milik se había acercado, alarmado por los gritos, dijo:

—Son los malos espíritus, señorita... También me han molestado a mí durante el sueño. Esto es una mala señal.

—¡Calla, estúpido! —bramó Roger.

Rápidamente se deshizo de las mantas que le envolvían,

poniéndose en pie.

—¿Y los «coolíes»? —inquirió mirando hacia atrás.

—Se han ido.

—¿Cómo? ¿Nos han abandonado?

—Eso es, señor. No tenían nada que comer y se han ido.

—¿Quieres intentar decirme que van a encontrar comida en la montaña?

—La encontrarán. Han ido hacia el monasterio budista. Allí les darán comida, lumbre y cama.

—¿Y no impediste que se fueran?

—No, señor.

El puño de Roger salió disparando, chocando con la mandíbula del «sherpa» que cayó de espaldas a la nieve.

—¡Roger! —gritó Yvette, poniéndose en pie.

—Los espíritus se han apoderado de la mente del señor —dijo Milik, incorporándose—; pero, de todos modos, yo ruego al señor que no golpee más a Milik. Porque si lo hace, le mataré.

Yvette vio que el color del rostro de Lachau viraba hacia el blanco. Roger tenía miedo y toda aquella cólera no era más que una manera para intentar vencerlo.

Sonrió, aunque no logró más que una mueca:

—Perdona, Milik —dijo.

—Ya sé, señor —replicó el otro—, que son los espíritus que han penetrado en su cerebro. El señor debe vencerlos. Porque si ellos se apoderan de su alma, Milik tendrá que matar al señor.

—Procuraré dominarme —dijo Roger, bajando la cabeza.

El desayuno se hizo en silencio, un silencio que pesaba, sobre ellos con la fuerza de un hechizo. Después, cuando Milik hubo guardado los sacos de provisiones bajo las tiendas, tomando dos paquetes para el camino, se acercó a los blancos.

—¿Vamos? —invitó.

Yvette y Roger se pusieron en pie, tirando los cigarrillos que estaban fumando. Luego, el hombre miró hacia las dos piedras, que se erguían amenazadoras, como si señalasen la frontera entre la verdad y lo imposible.

—¿Sabes qué me recuerdan estas inscripciones, Yvette?

—No.

—Aquel letrero que Dante puso a la puerta de su Infierno: «Tú,

que entras aquí, deja toda esperanza.» ¿No es así?

—Sí, así es.

Se pusieron en marcha y pronto dejaron atrás las maléficas columnas. El paisaje se hizo inhóspito y a medida que la bruma matinal se fue evaporando, fueron viendo más y más extensión: el valle a la izquierda y una meseta interminable a la derecha.

—¿Qué es aquello? —inquirió de repente la muchacha.

—Es el «Gompa»: el monasterio —explicó Milik.

—¿Es allí donde viven los monjes del «Bon-Po»?

—Sí.

Marcharon durante cerca de una hora, notando que la senda se acercaba más y más al monasterio del que, sin embargo, les separaba una honda depresión del terreno. Al mismo tiempo, se apercibieron de que la senda que seguían iba tomando altura, de modo que, poco después, pudieron ver el monasterio casi a sus pies.

Estaba bastante lejos, pero las siluetas de la gente que se movía detrás de la muralla y en los patios, era perfectamente visible.

Echándose los prismáticos a la cara, Yvette observó el «Gompa».

—¡Hay mujeres! —exclamó al cabo de unos instantes.

—Sí —dijo Roger, que miraba con sus prismáticos— y van vestidas con colores vistosos.

—¿Hay alguna que lleve una capa roja? —inquirió el guía.

—Veo a una vestida de rojo. ¡Es muy joven! —exclamó la chica.

Milik frunció el entrecejo y Roger, percatándose de su silencio, dijo:

—¿Qué significa esa capa roja?

—Que están preparando un sacrificio.

—¿Van a matarla? —preguntó Yvette.

—No lo sé, señorita… Pero he oído decir que el color rojo es el que atrae a los Malos Espíritus de la Meseta.

—¡Bobadas! —exclamó Roger.

Después de una pausa, añadió:

—Creo que lo mejor sería continuar el viaje. ¿Estamos muy lejos?

—Queda una media hora de camino.

—¡Pues, en marcha!

No hubo variación notable en el paisaje, tremendamente árido, que se extendía ante ellos. Enfrente, mezclándose ya con la bruma de la tarde, se adivinaban macizos rocosos cuyas puntas eran

invisibles. Algunas manchas verdosas debían indicar una vegetación pobre que se defendía con desesperación del rigor de un clima ártico.

El frío era intensísimo y el viento silbaba sobre las peñas, como un horripilante lamento sin fin.

—¿No se estará preparando una borrasca? —inquirió Roger.

—No —repuso el guía—. Este es el clima corriente en la meseta.

—La desolación es impresionante —comentó la muchacha—. Se diría que nadie debería vivir aquí, como si una prohibición superior se impusiese.

—¿Es que vas a dejarte impresionar por todas esas historias?

—No es eso —repuso ella—. Pero siento claramente la impresión que acabo de decirte. ¿No te das cuenta de que esta soledad no es normal y que parece como si estuviésemos en otro mundo?

—Eres demasiado sensible, querida.

Poco después, para evitar la fuerte corriente de aire que soplaba por la meseta, Milik hizo que se acercasen a una de las paredes, a la izquierda, que cubría la vista del río. Avanzando por allí estaban fuera del azote del cierzo que soplaba sin cesar.

—¿Estamos aún muy lejos?

—No, señorita... Fue al final de esta pared. Falta muy poco.

Ella experimentaba una emoción intensa, algo muy superior a todo razonamiento, como una rara intuición que se imponía contra su voluntad.

«No debías haber violado la tumba de Henri —se dijo, asustada de sus propias ideas—. Porque todo esto es como su tumba, el lugar donde vivió sus últimos instantes...»

La pared perdía altura y ya, mirando hacia arriba, podía verse, a veces, entre la bruma que el viento arrastraba, el borde aserrado de la falla. Pero todavía tenía una altura de más de sesenta metros.

De repente, el grito de Milik resonó por las paredes.

—¡Péguense a la pared! ¡Es un alud!

Le obedecieron, pero sólo unas cuantas piedras, no muy grandes, cayeron, hundiéndose blandamente en la nieve.

Luego bajó el trozo de pizarra.

Era bastante grande y cayó de plano, salpicando la nieve a su alrededor. Tenía una forma trapezoidal y un tamaño de unos cincuenta centímetros por su parte más ancha.

—¿Qué es eso? —inquirió Roger.

Milik se inclinó sobre ella, después de echar una mirada hacia lo alto.

—Parece escrita —dijo.

Yvette, de repente, lanzó un grito y arrancó la pizarra de las manos del «sherpa». Toda ella temblaba y hubo de dominarse para poder darse cuenta de que no se había equivocado.

—¡Dios mío! —gritó.

Roger, por encima del hombro de la muchacha, leyó la inscripción:

«Os lo ruego. ¡Alejaos enseguida! Un peligro os amenaza… Sobre todo a ti, querida Yvette. Los "yetis" están muy cerca de aquí y no tardarán mucho en atacaros… ¡Huid!»

El rostro de Yvette estaba blanco como el papel.

—¡No es posible, Dios mío!

—Y está escrito en francés.

—¡Claro que está escrito en francés! —replicó ella con aire retador—. ¡Como que lo ha escrito Henri!

—No puedo creerlo. Alguien conocía nuestra presencia y la palabra «querida» no significa nada.

—¡Sí que significa, Roger! Porque es la escritura de Henri. Reconocería su letra entre un millón.

—¿Estás segura?

—Por completo.

—¡Pobrecillo! —dijo Lachau en tono compungido…

—¿Pobrecillo? ¿A qué viene eso ahora? —Yvette lo dijo al tiempo que se volvía hacia Roger como si acabase de ser picada por una víbora.

—¿Es que no te das cuenta de que habla de «yetis», Yvette? Ya sabes que lamentaría muchísimo que le hubiese ocurrido algo… mucho peor que la misma muerte.

—¿Quieres decir que se ha vuelto loco?

Lachau asintió débilmente con la cabeza, sin decir nada.

Fue entonces cuando el «sherpa» preguntó lo que decía la pizarra, ya que no había entendido nada de la conversación de los dos jóvenes, pues éstos hablaban en francés.

Yvette le leyó la misiva de Henri.

Y los ojos del «sherpa» brillaron.

—Yo estoy muy contento de que el señor Domond se haya salvado, señorita. Es un hombre valiente, pero...

—¿Qué quieres decir, Milik?

El hindú mordió los labios antes de empezar a hablar:

—Temo darle una gran pena, señorita... pero yo estoy convencido de que eso... —y señaló la pizarra que ella tenía en las manos— lo ha hecho el espíritu del señor Henri.

—¿Por qué decías antes de que te alegraba el saberle salvado?

—Y me alegra. Porque si el señor ha podido escribir esto es que se ha liberado de los «yetis» y su espíritu vaga por la Meseta, para el bien de todos los que se atreven a visitarla. El advertirá a los extraviados y cuidará de que no caigan en manos de los «yetis».

Yvette no dijo nada.

Estaba segura, completamente segura, de que Henri se había salvado y eso era lo único que le importaba. Y la pizarra que tenía entre las manos, fuertemente cogida, era la prueba indudable de que el hombre al que amaba, más que nunca, había sabido escapar de las garras de los terribles peligros de la Meseta.

—¡Gracias, Dios mío! —exclamó experimentando un ilimitado gozo.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó el «sherpa».

—Seguir —repuso Roger—. Ahora que tenemos una sospecha de encontrar vivo a Henri, creo que debemos aprovecharla.

—Tienes razón, amigo mío —dijo Yvette—; pero, ¿no podíamos obedecer a Henri?

—¿Qué quieres decir?

—Que, si retrocediésemos un poco, podríamos esperar sus instrucciones, en vez de lanzamos ciegamente hacia lo desconocido.

—No, prefiero salir de dudas inmediatamente. Perdona, Yvette, pero sigo creyendo que lo de los «yetis» es pura fantasía. Y quiero, ya que estoy aquí, comprobarlo de una vez por todas. ¡Sigamos!

El viento ululaba quejumbrosamente.

* * *

—¿Un poco más de coñac, Daubal?

—Sí.

Se hallaban reunidos en el salón de la casa de Fabre. Habían

empezado las vacaciones y todos ellos deseaban hablar de Yvette y Roger.

—¡No pongáis esa cara! —exclamó Brun—. Es demasiado temprano para que hayan regresado del Himalaya.

—Han pasado tres semanas desde que Roger partió para Karachi.

—¿Y qué? ¿Creéis que una expedición se prepara así como así? Además Roger habló con nosotros, desde ese demonio de pueblo...

—Pauri —le ayudó Fabre.

—Eso es: desde Pauri. Decía que iba todo perfectamente y que salían hacia la montaña a la mañana siguiente.

—Eso hace —calculó Fabre—, si no me equivoco, diecisiete días de viaje.

—Exactamente.

—Roger habló de que iban a tardar unos ocho días en llegar al sitio donde el «sherpa» encontró la cámara de Henri. Contando que hayan permanecido allí dos o tres días, pongamos tres, eso hace once. Que con los ocho de regreso, suman veintiuno. Luego faltan cuatro para que lleguen a... ¿cómo diablos dijiste, Charles?

—Pauri —repitió Fabre.

Hubo una pausa.

—Yo creo —volvió a decir Charles— que deberíamos hacer un pequeño viaje, hasta Pauri. Tenemos suficiente dinero para ir y, además, contamos con la ayuda del director de *Paris-Revue*. ¿Qué os parece?

—A mí de perlas —repuso Brun.

—Contad conmigo —asintió Daubal.

—Eso hace una unanimidad completa —sonrió Charles—. Si salimos mañana para Karachi, dentro de dos días estaremos en Nueva Delhi y el mismo día, por la tarde, en Pauri.

—La verdad es que ya tengo ganas de volverlos a ver.

—Igual me ocurre a mí. He pensado mucho en Yvette y he de confesaros que ha sido con no poca envidia al pobre de Henri. Un amor como el que nuestra amiga sentía hacia ese hombre es cosa poco común.

—Él no era tampoco un muchacho corriente.

—Ya lo sé.

Marcel Brun bebió un poco más de su vaso.

—Fue una lástima que ese muchacho tuviera tan mala suerte.

—Dejemos eso —interrumpió Fabre—, ¿Y si llamásemos a Loval?

Momentos después, Charles, al aparato, explicaba al director de *Paris-Revue* los motivos de aquella llamada.

—¡Excelente, amigos míos! Justamente empezaba a estar preocupado y pensaba enviar a alguien a Pauri para que nuestros lectores estén al tanto de la expedición.

—Pues si nosotros le servimos de redactores...

—¡Claro que sí! No olviden, y me pesa hablar siempre en sentido comercial, pero es mi razón de ser, que sus nombres van a cotizarse muchísimo...

—Eso nos parece estupendo —hizo una pausa—. Verá usted, señor Loval...

Pero el otro le interrumpió.

—¡No me diga nada! Voy a pedir los pasajes por «Air France» y prepararles un talonario. Ustedes no tienen más que dirigirse a Orly mañana por la mañana.

—Le damos las gracias, señor.

Una sonrisa de triunfo entreabría sus labios cuando colgó. —Todos los problemas solucionados. Saldremos mañana por la mañana y recibiremos a nuestros héroes como merecen. —¿Y si, anticipadamente, brindásemos por ellos?

—¡De acuerdo! Preparad las copas.

CAPÍTULO VII

La luz del alba empezaba a hacer retroceder las densas sombras de la noche. Se habían detenido al final de la pared y allí, envueltos en las mantas de piel, hicieron lo posible por descansar antes de proseguir el camino.

Al abrir los ojos, Yvette sintió el peso de toda aquella soledad infinita sobre el alma. Pero después, recordando la maravillosa sorpresa del día anterior, sonrió, dispuesta a continuar luchando hasta encontrar a Domond.

Estaba segura de que él no se había reunido con ella porque algo importante se lo impedía. De ahí la advertencia de que no siguiesen; pero, a pesar de la actitud de Roger, que era evidentemente el más sorprendido por la reaparición de Henri, Yvette sabía que su prometido velaría porque nada le ocurriese.

El fuego se había apagado y con un estremecimiento, la muchacha se puso en pie, viendo entonces a Roger que se acercaba.

Su rostro expresaba una viva cólera.

—¿Sabes que Milik se ha ido?

—¿Eh?

—Tu maravilloso Henri se lo ha llevado esta noche.

—¿Qué intentas decir, Roger?

—La verdad. He examinado el suelo y he visto, además de las huellas del «sherpa», las de unas botas del mismo tipo que las nuestras. ¡No hay duda de que Henri ha perdido la razón!

—¡No digas eso! Ni en broma...

—¿Cómo explicar entonces lo ocurrido? ¡Si hasta se ha llevado mi máquina fotográfica!

—Cuando Henri ha hecho esto, sus razones tendrá.

—¡No digas! Una persona normal hubiese despertado a todo el mundo, uniéndose a nosotros, en vez de llevarse al guía. ¡Es un loco, Yvette!

Ella fue a decir algo pero prefirió contenerse.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —inquirió la muchacha, más que nada para desviar la conversación.

—¿Y qué sé yo...? Me proponía investigar, pero sin el «sherpa» no podemos dar un paso en este infierno. Tendremos que volver.

—¿Solos?

—¿Tienes miedo de mí, querida? —su sonrisa era repugnante.

—No.

—Así me gusta. Además, creo que ha llegado el momento de poner las cartas boca arriba: ¡Te quiero, Yvette! He sido un estúpido al no darme cuenta hasta ahora...

—Calla, Roger.

—¿Callarme? ¡No, muñeca! Ahora puedo decirte que te amo y que voy a luchar por conseguirte. Pero tú misma, cuando veas a Henri, decidirás... ¡Está loco, Yvette! Tanta soledad le ha hecho perder la razón. Tendremos que encerrarle en un manicomio por el resto de sus días.

—¡Calla!

—Sé que es doloroso para ti, pero no soy hombre al que le guste encubrir la verdad... ¡Te quiero demasiado!

Avanzó hacia ella.

—¡No te acerques, Roger! ¡Tú sí que has perdido la razón!

—Puede ser, pero mi locura es corriente entre los que amamos.

—¡Atrás!

Fue en aquel preciso instante cuando los tambores empezaron a sonar.

El ruido llegaba de todas partes a la vez y era repetido hasta la saciedad por mil ecos distintos. Sus monótonos sones tenían algo de alucinante, de ultraterreno.

—¿Qué es eso? —inquirió Roger deteniéndose.

—No lo sé... —repuso ésta, mirando en derredor suyo, con los ojos inmensamente abiertos.

Ni uno ni el otro pudieron hacer nada, ni aun cuando, surgiendo de la nieve, los hombres armados con sables curvos y lanzas los rodearon. Sus rostros no expresaban nada, pero las pupilas brillaban extrañamente.

Antes de que se diesen cuenta de lo que ocurría, los asiáticos les habían quitado las armas y atados las muñecas a la espalda. Ni una sola palabra brotó de sus labios. Empujándolos con sus armas, les obligaron a marchar, alejándose del campamento y descendiendo la pendiente que conducía al monasterio.

Tanto Yvette como Roger no cambiaron una sola palabra durante la media hora que duró la marcha, hasta que una vez ante la muralla del monasterio, se abrió la puerta, desde dentro, y penetraron en un

amplio patio, lleno de gente que se calentaba al amor de cien hogueras encendidas sobre la nieve.

La multitud se mantuvo siempre a una distancia prudencial de las armas de los hombres que conducían a los blancos.

Una escalinata de piedra, bordeada por estatuas de expresión monstruosa, les condujo al interior del «Gompa», donde atravesaron salas y pasillos hasta penetrar, por último, en una estancia de dimensiones gigantescas, completamente desnuda, salvo un trono de piedra, al fondo, sobre el que había un pequeño ser.

Entonces se dieron cuenta de que se trataba de un niño de no más de seis años, cuya cabeza estaba completamente afeitada.

Seis monjes, cubiertos con capas verdes, penetraron en aquel momento en la sala, colocándose tres a cada lado del trono. Entonces, uno de ellos se acercó a los prisioneros.

—Habéis violado —dijo— el secreto del mundo «Bon-po». Los Espíritus de la Meseta han tenido la bondad de conduciros hasta nosotros, justamente en la época de los Grandes Sacrificios… Los «yetis» ansiaban devorar una hembra blanca y los Espíritus desean complacerlos.

Hablaba un inglés extraño, lleno de entonaciones ásperas, pero perfectamente comprensible.

Yvette no podía separar los ojos del niño, sentado en el trono. Había en él algo de monstruoso, bestial, que no descubrió hasta que sus ojos descendieron a la parte inferior del cuerpo.

¡Le habían cortado las piernas!

Los muflones eran perfectamente visibles y había uno rosado, que indicaba que la mutilación era reciente.

—Nosotros —prosiguió diciendo el monje— teníamos preparada una joven tibetana para el sacrificio. Pero la llegada de esta mujer blanca nos llena de alegría, porque conocemos el deseo de los «yetis». Ellos prefieren esa clase de hembras y han hecho que los Espíritus la condujesen hasta aquí.

Luego miró a Roger.

—Los hombres no les interesan —dijo—, pero el «Bonpo» sabe que, si tú amas a esta mujer, el «yeti» se complacerá en ver cómo la defiendes, luchando contra él. No es más que diversión para excitar el apetito.

Lachau se estremeció de pies a cabeza.

—¿Quieres, pues, luchar por la mujer amada?

El sudor perlaba la frente de Roger.

—¡No! Yo no amo a esta mujer… Amo a otra.

—Bien. En este caso… ¡encerradle!

La muchacha esbozó una triste sonrisa mientras miraba a Roger que se alejaba con la cabeza baja, escoltado por dos tibetanos.

—Hemos tenido mucha suerte, mujer —prosiguió el monje—. Porque nunca habíamos visto, hasta ahora, una hembra blanca con los cabellos rojos. El rojo es el color del sacrificio y el que prefieren los «yetis». ¡Ventura a nuestros espíritus inmortales!

Se volvió hacia el pequeño lama e inclinándose, dijo: —¡Tú, Hijo de la Meseta, Adorable Superior! —hablaba esta vez en tibetano—. Tu reino será próspero, Lama Adorable. ¡Dame, oh Sublime, el permiso para ordenar que esta mujer sea vestida con la túnica del sacrificio y permíteme organizar la caravana para esta noche, que es la Gran Noche del «Bon-po»!

El niño levantó la mano izquierda.

* * *

Habían terminado de vestirla y la dejaron sola. Yvette hacía lo imposible por no pensar, diciéndose que Henri no la abandonaría.

Se acercó a la enrejada ventana que daba sobre el patio y vio a la multitud de peregrinos, que llegaron de mil lugares distintos para acudir al rito del «Bon-po».

Cientos de hogueras seguían encendidas en el patio, agrupándose a su alrededor aquellas gentes, que parecían poseer una resistencia formidable al frío que reinaba en aquella inhóspita región.

Yvette observó que mientras los hombres charlaban y fumaban, las mujeres arrodilladas junto al fuego, preparaban unos palos grandes con estopa en las puntas, mojándolas después en unos recipientes que había sobre el fuego y que contenían un líquido negruzco.

—Deben estar preparando antorchas —dijo en voz alta.

El día pasó mucho más rápidamente de lo que pensaba. Le llevaron comida un par de veces, sirviéndosela en platos de oro, manjares extraños y de olor apetitoso, pero que no tuvo fuerzas de probar.

Cuando llegó la noche, un grupo de monjes irrumpió en la celda. Comprendió entonces que había llegado la hora de la verdad y que no podía hacer otra cosa que encomendarse a Dios.

Otra vez la condujeron a la sala del trono y el pequeño lama, con una voz aguda y en lengua tibetana, dijo:

—¡Tú, mujer que tendrás un fin glorioso en manos de los «yetis»! ¡Yo, el gran Lama «Bon-po», Señor de la Meseta, te entrego, en esta Gran Noche, para que colmes a los que, más poderosos que todos nosotros, dominan el mundo de las sombras! ¡Ve y calma sus ansias, mujer!

Al salir al patio, vio que toda la multitud estaba agrupada y que cada hombre y cada mujer eran portadores de una antorcha. El aspecto de aquella congregación era verdaderamente fantástico y, bajo el cielo estrellado, mucho más cercano que desde ninguna otra parte del mundo, las luminarias del inmenso patio parecían una copia de los astros del cielo, que se mirasen en un profundo mar de negras pasiones.

Precedida por los monjes de capuchón verde y rodeada de guardianes, la joven salió del «Gompa», siendo seguida por el séquito de peregrinos.

Pronto, ya fuera del monasterio, la procesión, en medio de las densas tinieblas de la noche, cobró un aspecto fantasmagórico, como si un gigantesco gusano de luz ondulase lentamente hacia el centro de la Meseta. Casi enseguida los tambores empezaron a sonar, llevando el ritmo lento de la marcha. Y su cadencioso batir era como los latidos de un corazón que fuera a detenerse de un momento a otro.

La larga hilera de luces caminó durante cerca de una hora, adentrándose en la región hostil de la Meseta. De repente, los monjes se detuvieron y los guardianes se adelantaron hacia algo que acababa de surgir en la oscuridad y que, iluminado por las antorchas, era perfectamente visible.

Era un «chorten», esos monumentos misteriosos que el viajero encuentra solamente en los escondidos rincones del Tíbet.

Una cadena pendía de uno de los lados del «chorten» y allí ataron a la muchacha, rodeando sus muñecas con sendas argollas. Los tambores seguían resonando, con intensidad creciente, a un ritmo acelerado.

Luego, al cabo de unos instantes, ocho robustos monjes, portadores de gigantescas trompetas, se adelantaron, pasando junto al «chorten» y adentrándose en las tinieblas. Luego, hicieron sonar sus instrumentos quejumbrosos y un escalofrío recorrió la espalda de los cientos de peregrinos allí congregados.

Era como una llamada lastimera, infrahumana, repleta de entonaciones indescriptibles.

Yvette, con los ojos cerrados, presa del terror, se dio cuenta de que los lamas llamaban a los «yetis».

Poco a poco fueron desapareciendo las antorchas y la muchacha sintió que las tinieblas la envolvían, en una soledad que no podía tener más final que el de una muerte inconcebible.

CAPÍTULO VIII

Desde la ventana de la celda, Roger siguió los preparativos de la monstruosa procesión. Estaba como idiotizado y una tensión nerviosa creciente se iba apoderando de él.

Fue una lucha entre el miedo que había experimentado al oír al monje el concepto de un deber que parecía hondamente anclado en su pecho.

Había obrado mal y lo sabía.

De nada le estaba sirviendo el decirse que nunca había amado a Yvette; a pesar de eso, ella seguía siendo la amiga entrañable, que había hecho posible muchas cosas, cuando de estudiantes les preparaba el café, animándoles a estudiar y dando ella el ejemplo.

¿Qué dirían Fabre y los otros si supiesen lo ocurrido?

Y, aunque nunca lo supiesen, ¿podría él olvidar o quitar importancia a su cobardía?

Además, ¿iba a ganar él algo con no haber luchado por ella? Tarde o temprano, los lamas le matarían y, aunque no lo hiciesen, seguro que no iban a dejar que saliese del «gompa», condenándole, en el mejor de los casos, a quedarse allí hasta que muriese.

Una especie de loca furia se apoderó de él. La intensidad de aquella rabia aguzó sus sentidos, al mismo tiempo que duplicó sus fuerzas. Y así, tras algunas vanas tentativas, logró abrir la puerta de la celda, cuya antiquísima cerradura no resistió sus furiosos embates.

Su celda estaba situada en lo alto del monasterio y recorrió un largo pasillo antes de encontrar la escalera por la que los monjes o sus soldados le habían subido. Un silencio completo reinaba en todo el edificio, tan sólo alterado por los redobles de los tambores que iba alejándose poco a poco.

Atravesó un dédalo de pasillos y corredores sin encontrar a nadie y, atravesando un portal, llegó a un patio desierto.

¡Lástima que no tuviese algún arma!

No le fue difícil seguir la doble hilera luminosa de las antorchas, pero tuvo sumo cuidado en no acercarse demasiado, de forma a permanecer fuera del campo de visión de los procesionarios.

Luego, cuando éstos rodearon el «chorten», Roger se escondió en las proximidades, siguiendo, con una expresión de rabia, la

ceremonia que precedió al encadenamiento de Yvette.

El sonido de las trompas le puso nervioso, pero se dominó, diciendo que lo importante era hacerse con un arma para poder defender a la indefensa muchacha.

Tuvo suerte.

Uno de los monjes-soldados se alejó un poco de la zona iluminada. No llevaba antorcha y Roger no lo dudó ni un solo instante.

Saltando como una pantera, rodeó con el brazo el cuello del tibetano. El hombre intentó vanamente defenderse, pero poco después se desplomaba con un leve gemido, sin vida.

El soldado llevaba solamente una lanza y un arco con su correspondiente carcaj. Lachau se apoderó de todo aquello, arrastrando después el cuerpo hacia unos matorrales bajo los que le ocultó cuidadosamente.

Tuvo que esperar un buen rato para permitir que sus ojos se acostumbrasen a la densa oscuridad que reinaba allí. Y cuando el efecto deslumbrador de las antorchas desapareció de sus pupilas, pudo ver el contorno del «chorten», hacia el que siguió avanzando.

Yvette se sobresaltó al verlo, abriendo desmesuradamente los ojos.

—¡Henri! ¡Sabía que ibas a venir!

—No soy Henri, pequeña, sino Roger... —replicó éste.

—¿Has logrado escapar?

—Sí. Y he venido a defenderte, Yvette. ¡Me porté como un cobarde!

Y como ella no dijese nada, defraudada seguramente, prosiguió:

—No, no pienses mal, pequeña... Ya no soy el estúpido y engreído Roger que te ha hecho pasar malos ratos con su imbécil idea de la amistad. Soy el Roger de la banda, Yvette... ¡El de antes!

Ella sintió que las lágrimas caían por sus mejillas.

—¡Quiero que me digas que me perdonas, pequeña! Fui un imbécil, lo sé. Pero todo aquello está olvidado y yo sólo querría, aunque fuese al precio de mi vida, poder salvarte para que te reúnas con Henri.

—Gracias, Roger. Estaba segura de que aquello no era más que un mal pensamiento que atravesó tu mente. Quizá fue mía la culpa...

—No digas eso. Bien sabes que fui yo el único culpable.

—Ya no importa, Roger. Lo que quiero ahora, Roger, es que te vayas, que te salves.

—¿Cómo? Insinúas que debo abandonarte?

—Nada podrás hacer por mí. Ni tú, ni Henri… ¡Sálvate, Roger!

—Ya sabes que nunca me iré de aquí. Si Henri llega, desharemos esas cadenas a golpes; pero mientras tanto, ni el más horrible «yeti» me hará abandonarte.

—¡Huye, amigo mío!

Roger no contestó y un silencio prolongado cayó sobre ellos.

De repente, los dos jóvenes levantaron la cabeza, como si hasta ellos hubiese llegado un clamor lejano, como un grito salvaje y primitivo.

—¿Has oído, Yvette?

Ella guardó silencio.

Era como un rugido espantoso, que no podía brotar más que de la garganta de un ser colosal, primitivo, feroz: ¡el «yeti»!

—Se están llamando —musitó Roger.

—¡Vete, amigo mío! —repitió ella.

—No digas tonterías, Yvette —dijo sonriendo Roger—. Ahora precisamente es cuando vamos a saber si lo de los «yetis» es verdad.

—Yo creo en ellos. Henri lo decía en la pizarra. Y él tiene, con seguridad, muchísimos más motivos que nosotros para afirmar su existencia.

—Llevamos muchos años hablando del abominable hombre de las nieves, pero nadie lo ha visto, pequeña…

—Ahora los estás oyendo.

—Sí, ya lo sé. Pero me gustaría verlos. Cientos de dibujos se publicaron, con versiones más o menos fantásticas sobre los «yetis»; pero te repito que nadie los vio jamás.

—Por desgracia —repuso ella— pronto los verás y te convencerás.

—No tengas miedo. Si son animales, lucharemos para mantenerlos a raya hasta que llegue Henri.

—¿También tú le esperas, Roger?

—¡Lo deseo con toda el alma, Yvette! Si ahora estuviese junto a mí, lucharía mejor, sabiéndole a mí lado. No puedo creer que no haya visto la procesión de estos salvajes.

—¿Por qué se llevaría al «sherpa»?

—No lo sé. Milik le apreciaba mucho y confiaba en él.

Los rugidos eran cada vez más cercanos y amenazadores.

Roger, mientras contestaba a las preguntas de la muchacha, no dejaba de pensar en el momento de la lucha. Había tirado al arco, hacía muchísimo tiempo, en la Universidad, pero no se creía capaz de usarlo bien.

Por su parte, Yvette no podía apartar a Henri de su mente, deseando de todo corazón que llegase en compañía del guía. Tres hombres, aunque insuficientemente armados, podían organizar una defensa lógica y, en el peor de los casos, desatarla y huir todos de aquella maldita meseta.

Durante toda la noche, sin intervalos, se oyeron los rugidos salvajes de los monstruos que resonaban por entre las cimas.

Poco a poco, una claridad difusa nació en el oriente, detrás de la masa formidable del Everest. Aquella luminosidad se desparramó sobre la meseta, pero era algo difuso, impreciso, como si el día tuviese miedo de salir para iluminar la horrible escena del «chorten».

Fue entonces cuando los vieron.

Eran tres y estaban parados a unos cincuenta metros del monumento, con sus brillantes ojos fijos en la pareja.

Los «yetis» cubiertos sus cuerpos macizos de una pelambrera .rojiza, tenían todo el aspecto de hombres primitivos. Sus cráneos de frente estrecha y arco superciliar en forma de borde de tejado, estaban, como el resto del cuerpo, cubiertos de vello rojizo. Sus proporciones eran verdaderamente impresionantes, ya que debían alcanzar cerca de los cinco metros de altura, y más de dos de envergadura de hombro a hombro.

Eran tres monstruos.

Roger se dijo, tristemente, que de poco iban a servirle las flechas y la lanza que había cogido al tibetano. No había más que mirar a aquellas monstruosas criaturas para darse cuenta de que hubiesen sido necesarias las armas más potentes para derribarlos.

Los «yetis», ya plenamente iluminados por la luz del sol, permanecieron un rato en una completa inmovilidad, como si se hubiesen convertido en estatuas. Luego, de repente, soltando un sordo gruñido, empezaron a avanzar lentamente hacia el «chorten».

—¡Huye, Roger! ¡Huye por lo que más quieras! —gritó Yvette—.

¿No ves que nada puedes contra ellos?

Lachau no contestó.

Tenía miedo, un miedo espantoso; pero había en su alma un motor muchísimo más potente que el pánico. Y, con una sonrisa en los labios, empuñando la lanza, avanzó unos pasos.

—¡Huye, Roger!

Lachau avanzó un poco más, calculando la distancia que le separaba del «yeti» que avanzaba el primero. El monstruo parecía una montaña rojiza, que la luz del sol hacía llamear aún más.

Reuniendo todas sus fuerzas, arrojó la lanza.

De haber sido una criatura corriente, el «yeti» hubiera caído, herido de muerte, ya que Roger demostró tener una puntería excelente, que recordaba sus mejores tiempos de lanzador de jabalina.

Pero el arma se rompió en pedazos cuando chocó con aquel cuerpo a la altura del corazón y un sudor frío empapó el cuerpo de Lachau.

Seguro de su fracaso, se dispuso a luchar, vendiendo cara su vida. Sacó la primera flecha del carcaj, tensando el arco al máximo. El dardo se hizo pedazos y el «yeti» prosiguió su camino, profiriendo sordos gruñidos.

Roger tenía ya al «yeti» encima.

Entonces oyó aquella voz a sus espaldas:

—¡Huye, Roger!

Lachau volvió la cabeza, incorporándose después. Vio a Henri que corría hacia el «chorten» y se dio cuenta de que llevaba un rifle en la mano. Contento al saberse acompañado por el periodista, se volvió para mirar al «yeti» antes de salir corriendo.

Pero ya era demasiado tarde.

Los monstruosos brazos, extendidos hacia delante, le cerraron el paso y una de las manos se cerró alrededor de su cintura, levantándole en el aire.

El hombre de las nieves movió su brazo hacia atrás, lanzando el cuerpo del joven por el aire, contra el «chorten». Roger se estrelló contra la base pétrea del monumento, quedando inmóvil, con el cuerpo y la cabeza deshechos. —¡Malditos! —rugió Henri.

Avanzó unos pasos y, echándose el rifle a la cara, disparó contra el «yeti» que estaba a menos de treinta yardas del «chorten».

El monstruo se estremeció de pies a cabeza antes de caer. Henri corrió al encuentro de los otros dos «yetis», disparando contra ellos e inmovilizándoles.

Sólo entonces, volvió Henri al lado de la muchacha.

—¿Estás bien? —inquirió.

Pero Yvette no podía contestar: había perdido el conocimiento.

Dos disparos hicieron saltar los eslabones de la cadena y Henri, tras echar una mirada a los «yetis» que seguían rugiendo, inmóviles, se cargó a la muchacha a la espalda y se alejó hacia la pared de rocas que se veía a lo lejos.

* * *

—Debían haber llegado ya.

Raymond se encogió de hombros.

—Escucha, Marcel: eres el hombre más impaciente y pesimista que conocí jamás. Sí, ya sé que ayer era la fecha de vuelta; pero no habrá tomado un viaje al Himalaya como un trayecto del metro hasta Clichy.

—Yo seré impaciente, pero vosotros no corréis el riesgo de morir de apoplejía.

—¿Qué quieres que hagamos? —intervino Charles.

—Vayamos a buscarlos.

—Eso es absurdo, al menos por el momento —replicó Daubal—. Dentro de unos días, si no han regresado, cosa que me parece imposible, sí que sería prudente pensar en ir a buscarlos.

—«Sería prudente pensar…» — mimetizó Brun—. ¡Eso es! Dentro de una semana, empezamos a pensar, al cabo de un mes, iniciamos las primeras ideas y dentro de un año hablamos con un guía para que estudie las posibilidades de un viaje. ¡Sois imposibles!

—Como exagerado no tienes precio, Marcel —dijo Fabre—. Raymond tiene razón: si dentro de unos días seguimos sin noticias, saldremos inmediatamente para la montaña.

—¡Eso es lo que deberíamos haber hecho ya! —insistió Brun—. ¿Crees que me divierte estar en Pauri escribiendo crónicas idiotas?

—Hay que mantener el espíritu de cinco millones de lectores — ironizó Raymond.

—¡A la porra los lectores! —bramó Marcel—, ¿Y si Roger e

Yvette están en peligro, aislados por algún alud o atacados por los lamas?

—¿Sabes que tienes una imaginación portentosa? —dijo Daubal —. Debías haberte dedicado a la literatura, en vez de estudiar Biología.

—¡Y tú a hacer crucigramas! ¡Iría muy bien con tu carácter!

—Calma, calma —intervino Fabre—. No hace falta que nos enfademos. Si razonas un poco, Marcel, estarás de acuerdo con nosotros.

—¿Razonar éste? —inquirió Daubal—. Para razonar se necesita tener algo debajo de los huesos del cráneo...

—¡Esos son precisamente los que voy a romper...!

El timbre de la puerta, al sonar con insistencia, rompió los belicosos proyectos de Brun. Todos se miraron y Fabre se levantó a abrir.

Un hombre de piel oscura, con el traje montañero en pedazos, estaba en el umbral.

—¿Quién es usted?

—Milik, el «sherpa» que acompañaba a la señorita y al otro señor.

CAPÍTULO IX

—Paso, paso, por favor…

Charles le hizo entrar, ofreciéndole uno de los cómodos sillones de la estancia.

—¿Quiere beber algo? —inquirió después.

—No me vendrá mal —dijo el «sherpa».

Fabre le sirvió un buen vaso de whisky, ofreciéndole después un cigarrillo que el hindú denegó con la cabeza, sacando su vieja pipa.

Los tres amigos esperaron a que terminara de cargarla.

—¿Hace mucho que salió del campamento? —inquirió Marcel impaciente.

—¿Ha ocurrido algo malo? —se apresuró a agregar Brun.

El «sherpa» lanzó la tercera bocanada de humo antes de hablar.

—La señorita Galpin y el señor Lachau estaban perfectamente bien, cuando les dejé.

—¿Por qué lo hizo?

—El señor Domond me lo ordenó.

La incredulidad se pintó en los rostros de los tres franceses.

—¿Se refiere usted a Henri? —inquirió Fabre.

—¿Quiere explicarnos lo que ha pasado? —intervino Raymond.

—Los malos espíritus habían empezado a apoderarse de la mente del señor Lachau.

—¿Cómo?

—El señor se había enamorado de la señorita Yvette.

—¡Eso es fantástico! —exclamó Fabre.

Milik retomó el hilo de su explicación:

—Todo empezaba a ir mal; pero aquella noche, alguien me despertó y vi que era Henri. Me levanté y le seguí pero antes, obedeciendo una orden suya, me apoderé de la máquina fotográfica del señor Lachau.

»Cuando estuvimos en lo alto de la pared, me dijo que esperase allí y desapareció, no volviendo hasta el atardecer del día siguiente. Habitaba en una cueva en lo alto del muro de piedra, donde sólo las águilas pueden subir. Cuando volvió, me entregó la cámara y un paquete de notas manuscritas. Me dijo que volviese a Pauri y que siguiese luego hasta Nueva Delhi y entregase aquello al embajador de Francia, para que lo llevasen inmediatamente a las Naciones

Unidas.

«También me dijo que él se ocuparía de la señorita y de su compañero. Luego agregó; corre cuanto puedas que esto que llevas es de vital importancia para el mundo.

Milik se descolgó la máquina, dejándola sobre la mesa. Luego, abrió el morral y sacó un envoltorio de papel, atado con una correa.

—Al llegar a Pauri —dijo—, supe que ustedes estaban aquí y que eran amigos de la señorita. Por eso vine a verlos, diciéndome que ustedes, mejor que yo, podrían cursar estos papeles.

Extendiendo la mano, Fabre se apoderó del paquete que estaba sobre la mesa, deshaciendo los nudos de la correa.

—Quédese a comer con nosotros, Milik —dijo—. Echaremos una ojeada a esto y obraremos en consecuencia.

—Bien, señor.

* * *

«Todavía no sé cómo he podido resistirlo. Es evidente que, de no ser por la suerte, no habría podido escapar a los peligros que me rodean. Tengo que dar gracias a la Providencia.

»Todo empezó hace tantísimo tiempo que ya no tengo idea concreta de lo que llevo aquí. Sólo sé que esto me parece producto de una pesadilla y que, sin las pruebas que he conseguido, creería que me he vuelto loco.

»Pero es mejor empezar por el principio.

»Vine al Himalaya con la intención de demostrar que los "yetis" no eran sino el producto de la imaginación de unos cuantos pastores tibetanos que no habían salido jamás de estas cumbres majestuosas.

»He visto muchas "pruebas" fotográficas, con las huellas de pisadas de los "yetis". Pero conozco demasiado mi profesión y, sin idea de ofender a nadie, desconfío, en principio, de todo lo que sale de las cubetas de un laboratorio fotográfico.

»Yo deseaba demostrar la existencia del hombre de las nieves o su existencia; creo que el deber de un periodista es, ante todo, decir la verdad. ¡Bastantes supersticiones hemos sufrido para seguir envueltos en ellas!

»Mi guía, Milik, conocía bastante bien la región del valle del Men-Shu, lugar, en las proximidades de un "Gompa" servido por

monjes “Bon-po”, donde se había hablado más que en otra parte de la existencia y presencia de “yetis”.

»Cuando llegamos ante dos columnas repletas de advertencias amenazadoras, mis “coolíes”, como creo que siempre ha ocurrido y ocurrirá, se negaron a seguir y allí los abandonamos, prosiguiendo el camino Milik y yo solos.

»Pero pronto noté que el “sherpa”, a pesar de ser un valiente, empezaba a sufrir el influjo de aquellos lugares que, para decir verdad, se imponen a uno como una sensación de indefinible angustia.

»Hasta que llegó el terrible momento en que Milik se negó a seguir. Yo estaba seguro de que el “sherpa” temía más a los monjes “Bon-po” del monasterio que a los inverosímiles “yetis”. Pero, fuera lo que fuese, su decisión fue irrevocable.

»Pensé entonces que podía proseguir el camino, al menos un poco más, si él me esperaba allí. Se lo dije y accedió lo cual me alegró.

»A la mañana siguiente, con mi rifle y mi cámara, salí de nuestro campamento, prometiendo a Milik que estaría de regreso antes de la noche. Anduve por una zona inhóspita de la Meseta, sin ver nada de particular. De todos modos, me había alejado mucho para regresar, cuando descubrí huellas gigantes hollando la nieve. Por supuesto las fotografié rápidamente.

»Estaba haciendo una segunda serie de fotografías cuando sentí que alguien se me acercaba por detrás. Me volví y vi que una especie de mono colosal, completamente cubierto de vello rojizo, se precipitaba sobre mí.

»Dejé caer la máquina sobre la nieve y no me dio tiempo a descolgarme el rifle. Corrí, desesperadamente, viendo que el monstruo ganaba terreno por momentos.

»Mientras corría, me iba diciendo que no podía escapar de ninguna manera de allí, cuando sabía la verdad sobre los “yetis” acababan mis aventuras informativas.

»Había conseguido, no sin pocos esfuerzos, empuñar el rifle y en cuanto tuve ocasión, me volví y empecé a disparar. Como esperaba, las balas no hicieron mella en el monstruo, que siguió avanzando.

»De pronto me di cuenta de la cinta roja que Milik me había dado, una especie de amuleto que colgué del cañón del rifle y

obedeciendo a una intuición, lancé el rifle con la cinta, viendo, no sin sorpresa, que el “yeti” desviaba su marcha, atraído por el color encamado del trapo, como un toro bravo. Ni que decir tiene que no me detuve a investigar nada y que aproveché aquello para aumentar, en lo posible, mi velocidad, llegando a la pared rocosa, que escalé como un simio.

»E1 hombre de las nieves había recogido el rifle y se llevó a los ojos la cinta roja; después, percatándose sin duda del engaño, me buscó, con sus ojos brillantes y avanzó hacia las rocas, cuya base golpeó con verdadera furia.

»Pero yo, por fortuna, estaba fuera de su alcance.

»La bestia se alejó y pronto cayó la noche. Yo, aterido de frío, había dejado la carga de pieles con Milik, tuve la suerte de encontrar una especie de cueva, donde me cobijé, sin poder cerrar los ojos.

»Sin darme cuenta, me quedé dormido y no desperté hasta al cabo de unas doce horas.

»Estaba amaneciendo de nuevo y después de observar el terreno, bajé a buscar mi rifle, que no encontré, como tampoco mi máquina fotográfica. Pero, junto al lugar donde ésta había caído, vi las huellas de las botas del “sherpa” que indicaban claramente que estuvo buscándome antes de adoptar la decisión de regresar a Pauri.

»Mi situación no era nada brillante.

«Convencido de que mi seguridad estaba en lo alto de la pared rocosa, la escalé de nuevo, triste, sabiendo que sin alimentos no tardaría en perecer. Pero aquella misma tarde, un grupo de monjes del “Gompa” pasó bajo la pared, dirigiéndose a un “chorten” donde dejaron sus ofrendas, comida en su mayoría.

»A partir de aquel instante, mi manutención estaba asegurada. Los monjes, viendo que cada día desaparecía todo, aumentaron el ritmo de sus visitas, seguros de que los “yetis” tenían un feroz apetito.

»Fue una semana después cuando, ya recuperado del todo y habiendo ganado un par de kilos, me decidí a seguir la cadena montañosa, deseoso de' sorprender el sitio donde vivían los “yetis”.

«Poseyendo reservas alimenticias, me cargué con lo bastante para mantenerme media docena de días. El agua no era problema porque, además de los numerosísimos manantiales, la nieve fundida

proporcionaba un líquido puro y sin gérmenes.

«Durante cuatro días, con los solos intervalos de las noches, que dedicaba a descansar y recuperarme, avancé, adentrándome en una zona fantástica de nieves eternas: un paisaje único, incluso en el Tíbet.

»E1 cuarto día, un poco después de mediodía, llegaba a una altura desde la que, con ojos desorbitados por el asombro, contemplé el espectáculo más inesperado que puede caber en la mente de un humano.

»Una llanura amplia se extendía a mis pies, entre dos sierras que se encadenaban, formando una especie de circo gigantesco. Y allí, sobre la nieve, sin ningún género de dudas, había tres aparatos, cuya forma me recordó los célebres "platillos volantes".

»Por fortuna, había conservado mis gemelos, bastante potentes, y pude así, escondido entre las rocas, observar detalladamente aquella aparición de pesadilla.

»Ellos, seres de otro mundo, iban de un lado a otro, penetrando o saliendo de las brillantes astronaves. Eran bajos, patizambos e iban vestidos con pieles, pero las partes libres, manos y rostro, eran visibles y ofrecían un color verde intensísimo.

»Pero mi sorpresa no cesó aquí. No lejos de las astronaves, había una docena de "yetis" que parecían mansos corderitos al lado de sus dueños. Cuando vi como ellos abrían los enormes tórax de los "yetis" y penetraban en su interior, ya no me cupo la menor duda: los "yetis" eran robots.

»Pude, desde mi posición, observar sus mecanismos y darme cuenta de que su parte más sensible, una especie de centro neurálgico de cables y contactos, estaba en el cuello, hacia la derecha del animal-máquina.

«Regresé a mí cueva para escribir lo que había observado en mi expedición. Mientras lo transcribía lo más fielmente que podía rememorar, iba hilando los detalles y comprendiendo que aquellas criaturas extraterrenales habían obrado sabiamente, refugiándose en un lugar apartado de la Tierra para preparar desde allí sus planes de conquista.

«Evidentemente, si hubieran deseado entrar en contacto con nosotros, no hubieran elegido un lugar como aquél, no obrando como lo hacían.

»Deduzco que habrían capturado a algún monje, enterándose por él de la leyenda de los malos espíritus que reinaban sobre la zona y la aprovecharon para sus fines.

»Por eso crearon los “yetis”, cuyas huellas convencieron a todo el mundo de que algo raro se cocía en el Tíbet. Sí, eran tremendamente hábiles. Nadie iría a molestarlos ni a entorpecer sus nefastos planes. Tenían todo el tiempo del mundo para estudiar a los hombres y preparar la destrucción de nuestra civilización.

»Entonces llegué a la conclusión de que mi misión era la de informar a las autoridades de todo el mundo de lo que estaban tramando aquellos seres infernales. Para ello, sólo había dos soluciones:

«Encaminarme a Pauri, cosa imposible por desconocer el camino...

»O presentarme en el “gompa” explicando la verdad a los monjes. Pero esta segunda alternativa era aún más impracticable, pues los monjes “Bon-po” me eliminarían si afirmase que los “yetis” no eran más que máquinas extra— terrestres.

«Comprendí que mi suerte estaba ligada al destino y tan sólo Yvette, mi prometida, venía a buscar mis restos o a hurgar en los hechos.

«Conocía a mí prometida Yvette, el amor que me tenía, y sabía que no iba a resignarse con una explicación oficial de los sucesos y vendría a investigar mi turbia desaparición.

«Esta mañana he visto a los tres que avanzaban por el mismo camino que yo seguía hace tanto tiempo. Eran solamente tres y comprendí que los “coolíes” les habían abandonado junto a las columnas.

«Les he identificado con los gemelos: eran Milik, Yvette y Roger Lachau, un amigo de Yvette de los viejos tiempos del Liceo Moliére.

»He estado por descender de mi observatorio, pero he pensado que no es el momento de perder el tiempo. Necesito una máquina y Roger la lleva, pero no puedo exponerles a ellos a un nuevo viaje hacia aquel lugar donde “ellos” se encuentran.

»He pensado que lo mejor era esperar a la noche para ponerme en contacto con Milik.

»En efecto, Milik en cuanto me ha visto, ha obedecido todas mis demandas, procurándose la máquina de Roger antes de

acompañarme en la búsqueda.

»La cámara de Roger es maravillosa y está dotada de un teleobjetivo muy preciso. Hago dos centenares de fotos, incluso de un “yeti” que, abierto, está siendo reparado por seres verdes. Los documentos gráficos que voy a enviar con Milik no ofrecen duda alguna.

»Milik se va a marchar y ahora iré a entrevistarme con Yvette y Roger... ¡Quiera Dios que el mundo obre lo más rápidamente posible!»

CAPÍTULO X

—¿Os dais cuenta de la importancia de todo esto?

Fabre había roto el pesado silencio que se había hecho en la sala.

—Sí —repuso Marcel—. Era la única explicación en la que nadie había pensado.

—¡Es que era imposible descubrir la verdad! —terció Raymond —. ¿Quién iba a imaginar que los «yetis» fueran robots?

—De todas formas, hay que obrar deprisa —dijo Charles—. Seré yo, personalmente, quien lleve esto a la sede de las Naciones Unidas para que el Comité de Urgencia lo estudie en el acto.

—¡Un momento, Charles! Espero que no olvides que antes de que la ONU intervenga, debemos sacar a Yvette, Henri y Roger de esta región.

—Esta es precisamente la misión que os encomiendo. Pero os aconsejaría hacerlo a mí modo.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Marcel.

—Tú, por ejemplo, con el guía, avanzaríais normalmente, con un buen equipo, del que no olvidarás la parte sanitaria, ya que Henri no debe estar en buen estado físico.

—¿Y yo? —preguntó Raymond.

—Tú puedes sobrevolar la región con un helicóptero, adelantándote hasta donde puedas. Si los vieras y es posible aterrizar, mejor que mejor. Si no es posible, avisas a Marcel que llevará un emisor-receptor. ¿Qué os parece?

—Un plan estupendo.

—Yo voy a coger el avión hasta Nueva Delhi y desde allí saldré en un avión militar hacia Ginebra donde están reunidos los miembros de las Naciones Unidas. Comunicad a París, al *Paris-Revue,* nuestro regreso aquí.

* * *

Mientras duró el día, cargados con provisiones, descendieron por las heladas laderas, rodeados por un ambiente hostil, con un frío cada vez más intenso. Casi anochecía cuando llegaron a la entrada de los ventisqueros, verdadero dédalo por el que Henri no se atrevía a penetrar.

Pasaron la noche en una oquedad que Henri encontró, sin poder casi dormir, ya que el frío, a pesar de la hoguera que Domond encendió, era terrible.

A la mañana siguiente, prepararon un buen desayuno. Yvette parecía contenta, pero el joven empezaba a mirar hacia los ventisqueros con impaciencia.

Fue casi al mediodía cuando Yvette, que estaba sentada al sol, lanzó un grito de aviso:

—¡Mira! ¡Un helicóptero!

Quince minutos más tarde, el helicóptero posaba lentamente en la nieve endurecida de la ladera. Daubal saltó del aparato y corrió hacia ellos, que también salían a su encuentro. El joven abrazó a Yvette, echándose después en brazos de Henri.

—¿Y Roger? —inquirió al cabo de un instante.

—Murió —dijo Henri.

En pocas palabras, resumió lo sucedido; después, impaciente por las noticias, preguntó:

—¿Habéis hecho lo que indiqué?

Sí. Fabre debe estar ya en Suiza. Ahora tenemos que volver.

El aparato se alejó hacia la parte baja de las laderas, sobrevolando los ventisqueros.

Unas horas después, se reunieron los cinco en Pauri.

* * *

Una fabulosa escuadrilla formada por aviones potentísimos de nueve países, aterrizaban en el sur de Rusia, zona que había sido elegida como Base aérea de la operación que iban a llevar a cabo.

Dos de los aparatos iban cargados con el arma más poderosa que el genio humano haya creado jamás: la bomba de hidrógeno.

A la hora «H», la fabulosa escuadrilla despegó de la base, tomando rumbo hacia el Himalaya. Orientada por los datos proporcionados por los Servicios correspondientes, ganaron altura, dirigiéndose hacia la zona que marcaba el conocido valle del Men-Shu.

—¡Ganad altura! —sonó la orden de inmediato.

Dos gigantescos soles hicieron palidecer de envidia al natural, pero su luz cegadora no duró más que unos segundos, seguida por

un rugido estremecedor, que hizo temblar la masa de las montañas hasta sus raíces, situadas muchos miles de metros más abajo.

Luego, inequívocos, los dos «hongos» se alzaron hacia el cielo.

Desde uno de los aparatos, un jefe envió el mensaje escueto que la humanidad esperaba:

«MISION CUMPLIDA»

* * *

La iglesia, en una pequeña localidad del sur de Francia, no ofrecía un aspecto extraordinario. Los mismos fieles de siempre y el mismo recato que de costumbre.

La única nota extraña eran los dos vehículos que había a la puerta.

Verdad era que la boda se escapaba un poco a lo que los vecinos del lugar conocían, pero tampoco tenía nada de extraordinario. Era una de esas ceremonias íntimas que poseen el encanto indudable de su falta de ostentación.

¿Cómo podían, sin embargo, imaginar que aquel hombre había salvado a la humanidad? Sus fotos habían aparecido en todos los periódicos del mundo, pero no su fotografía, ya que se negó rotundamente a esa clase de publicidad.

Antes de subir al coche se volvió.

—Y bien, muchachos... ¡hasta la vista!

Fabre, Raymond y Marcel se inclinaron.

—Oye, Henri —dijo el primero.

Marcel intervino antes de que el interpelado pudiera hacerlo:

—¿Es que no vamos a besar a la novia?

—¿Tú qué dices, querida? —dijo sonriente Henri.

—Lo que tú ordenes, señor —sonrió Yvette.

—Bien. Un beso rápido, ¿eh? ¡Adelante, muchachos!

La besaron, estrechando después la mano de Henri con fuerza.

Mientras el vehículo se alejaba, Marcel preguntó:

—¿Sabes dónde van?

—Dijeron que iban a dar una vuelta al mundo. Paga *Paris-Revue.*

—Sí, pero pasarán antes por París, donde ayer llegó un hombre que va a acompañarles.

—¿Milik?

—El mismo.

Raymond se encogió de hombros.

—No sé… pero a mí, al lado de una chica como Yvette, me estorbaría un «sherpa».

FIN